

popular-film



London Films Productions

presentan en

TÍVOLI



Las aventuras conyugales del Barba Azul de Inglaterra, el rey que tuvo seis esposas

«Un film de un género inédito, notable por su mezcla de humorismo, sensibilidad y cómica grandeza, y por la enormidad de una época.»

Pierre Wolf, en «Paris-Midi»

«Laughton realiza en este film una «performance» para entusiasmar a cualquiera.»

Hollywood Reporter

Distribuida por LOS ARTISTAS ASOCIADOS



Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarreal, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

28 DE DICIEMBRE DE 1933

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Naróez, 60

Director musical: Maestro G. Faura

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

SIDNEY LANFIELD

EN UN CINE DE BARRIO

Y A lo he dicho en varias ocasiones. La película que consigue grandes triunfos artísticos no los consigue comerciales. Se explota menos. No la ve tanta gente, porque la propaganda que se hace en torno a ella es casi nula. Muchas veces ignoran su valor los críticos también. Lo ignoran por una razón fundamental. El éxito artístico no es el éxito comercial. A las verdaderas superjoyas artísticas se las pone una etiqueta comercial y se piensa en explotarla. Pero no se consigue. El buen crítico no acude a estos estrenos porque se fija en la etiqueta comercial y cree que va a encontrarse con una banalidad. El público acude, pero cuando ve que el título—la etiqueta—es una atracción, falla, se niega... No se sabe por qué. Es posible que las primeras personas que vean la película artística, con título comercial se lo comuniquen a otras; éstas a otras... y así, sucesivamente, cunda el descrédito del film. No se explica de otra forma. Carlitos Gardel: «Luces de Buenos Aires», «Melodía de arrabal». José Mojica: «Mi último amor». «El precio de un beso». Corren de boca en boca; de oído en oído... Los chiquillos, las jovencitas, los jóvenes... cantan tangos y canciones de estos dioses cinematográficos. Esto es lo que ocurre con el cinema.

La Fox lanza a los mercados en la temporada de 1932-33 «Congorila». La Fox es buena casa productora. «Chandú el Mago». El cine Alkazar se convierte en barraca de verbena. «Primavera en otoño»... Muchos, muchos films... La Metro presenta sus películas; la Universal, la R. K. O., las suyas... Hay una gran abundancia de material cinematográfico. Tenemos donde elegir. Nos son bien conocidas todas las películas. Pero no hay que obrar por sistema... El cinema americano cuenta todavía con buenas producciones. Hay que buscarlas bajo las etiquetas comerciales. La Warner

Bros presenta «Soy un fugitivo» con mucha propaganda. Su calidad le ha salvado a esta película. Otras casas presentan buenas producciones y se conforman sólo con poner la etiqueta comercial. Aquí tenemos a la Fox. En la temporada pasada anuncia «Primavera en otoño». En la misma temporada «Pareja de baile». Dos producciones. Otras muchas más... Gregorio Martínez Sierra y Sidney Lanfield. La película banal y el film artístico con etiqueta comercial.

«La pareja de baile» suena a hueco. Su título es frívolo. Pero ni es conocida ni va nadie a verla. Es suficiente... De vez en cuando se proyecta en un cine de barrio. Yo la he visto por casualidad...

James Dunn. Sally Eilers. Broadway. Teatros que hacen soñar a las girls. Dorados cabarets que enloquecen a las principiantas bailarinas. Cinco por ciento de éxitos. Mil por ciento de fracasos. Molligan y Kirk, también sueñan. Poppy sabe bailar. Jimmy, también. Sueñan con cabarets, con teatros, con un contrato de mil dólares a la semana... La pareja de baile, baila al son de un gramófono... No tienen para comer. Wilson se lleva unos mendrugos de pan para su compañero. Está enfermo; no le sale trabajo; se va a morir... Wilson es actor de teatro y tampoco

trabaja desde hace años. El paro...

Molligan arranca tierra con el pico en una obra. Después, baila... Molligan-Kirk. La pareja de baile que sueña. Molligan y Kirk, fracasan, fracasan, fracasan...

Un día les sonríe Broadway. Bailan en el Lido... Les visita la fortuna y la fama..., pero no son felices. Broadway es traicionero. Sus aristócratas se enamoran de chicas como Poppy. Sus vampiresas se enamoran de muchachotes fuertes e ingenuos, como Jimmy. La fortuna y la fama solamente la saben manejar los hijos de Broadway. Molligan no lo es, y trunca su carrera. Se marcha. No quiere nada con los aristócratas. Poppy Kirk también termina por marcharse; abandona a un millonario que se ha enamorado de ella. Wilson se ha hecho sereno. Molligan y Kirk son más felices viviendo como Wilson. Trabajando y repudiando a la fortuna y a la fama... Fracasados como bailarines.

Sidney Lanfield no ha logrado una película excepcional. Hemos de decirlo. Pero Sidney Lanfield no ha hecho cinema con el amor... Es un tema sencillo. Un film que no estamos conformes con él, pero que dentro de las «superproducciones» norteamericanas, es de los mejores. Sin ser conocido por por nadie. Precisamente eso es lo que debemos de hacer. Resucitar las producciones modestas. En las que ni un míster Warner, ni un míster Lasky hayan reconcentrado sus atenciones comerciales. Películas que se escondan a nuestra vista el día de su estreno, y que luego las veamos en un cinema de barrio. Aunque no sean sociales y, en cambio, sean artísticas. Es un sistema para conseguir el cinema verdadero. Como han hecho Gil, Ubieta y Diana en algunos de sus artículos. Resucitar los films artísticos que se escapan a la popularidad; destacar a directores como Sidney Lanfield...

A. DEL AMO ALGARA

Madrid, diciembre 1933.

POPULAR FILM

desea a sus lectores y
anunciantes un feliz y
próspero año nuevo.

STILOGRAMAS

CUANDO leáis algún artículo detractor del cine ruso, podéis asegurar, sin temor a equivocaros, que es de Martínez Gandía.

Las personas de mal gusto prefieren siempre el celuloide de Gardel.

Siempre que veáis en un cine un «programa doble», fijaros y veréis como las dos películas, base del mismo, son bastante flojas.

Greta Garbo es el esqueleto de Marlene Dietrich.

Joseph Von Sternberg es más Sternberg con cualquier actriz, que con las piernas de Marlene.

Siempre que se hable de dibujos animados, Luis Gómez Mesa tendrá la culpa.

Los cines de actualidades son cines «incompletos». Poseen el cuerpo, pero les falta el «alma».

Un film de miedo que se precie de serlo, ha de tener por lo menos muchos cadáveres, apariciones misteriosas y una buena tormenta.

Todos los noticiarios de Paramount empiezan y terminan con música de iglesia.

René Clair no podrá separarse en la vida de Paul Olivier. Si se pierden algún día, lo harán juntos.

En los programas «garantizados» del cine de la Opera, no se ha devuelto el dinero al público ni una sola vez.

Antonio Barbero podrá encargarse en fecha no muy lejana de hacer el censo de los actores cinematográficos.

Enrique Jardiel Poncela hace que el «celuloide rancio» lo sea un poco menos.

En las cabinas de los cines debía haber su correspondiente tafetán para los cortes inesperados.

Donde todas las personas tienen los pies, los empresarios de cine tienen la cabeza.

El 75 por 100 de las veces, nuestros vecinos de butaca serán un viejo con barba o una señora gorda, en vez de la chica guapa que nosotros queríamos.

Alguien ha dicho que todas las películas del Oeste son idiotas.

Pero de lo que estamos seguros es de que todas las películas «idiotas» no son films del Oeste.

«Film no apto para señoritas.»

Film que podrán ver las mamás, las niñas, las viudas, las modistillas y las señoras de compañía.

«Es un film inmoral que nadie debe ver.»

No sería extraño ver en el patio de butacas algunos reconocidos «santos de la corte celestial».

El hombre que más ha llorado hasta la fecha en el cine—a pesar de lo que dice el tango—, ha sido Stan Laurel.

Pocas películas hay en que no haya un beso «más apretado» de la cuenta.

Sólo hay tres clases de acomodadores: los que ponen «buena cara». Los que la ponen «mala». Y los que la ponen «regular», porque se ha «suprimido la propina».

En el cine hay cosas que se parecen más

que una gota de agua a otra gota de agua:

Los niños pecosos.
Los films de fieras.
Los noticiarios.
Los films de miedo.
Los films del Oeste.
Y las operetas.

Sternberg tiene manía de sombras. Sus famosas persianas de «Una tragedia americana», «Marruecos», «El expreso de Shan-

ghai» y «La Venus rubia», serán ya inevitables en sus próximos films.

El «bueno» de las películas del Oeste, tendrá siempre muy buena puntería con el revólver.

Y le enseñará al «malo» cómo cuando se apunta al tronco de un árbol, se da al árbol y no a la luna.

Madrid y diciembre.

AUGUSTO YSÉRN

FIGURAS DEL CINE PARLANTE

PHYLLIS BARRY

PHYLLIS BARRY se ha encontrado en el caso curioso de que, siendo a pesar de su juventud una veterana del teatro, en el que ha actuado muchos años como artista profesional, haya sido preciso que aparezca en una comedia musical de aficionados para comenzar su carrera como artista de la pantalla. Afortunadamente para ella, ésta se ha iniciado bajo buenos auspicios, pues ha debutado al lado de Ronald Colman en «Su único pecado», producción de Samuel Goldwyn para los Artistas Asociados, dirigida por King Vidor.

Phyllis fué, en efecto, la protagonista de «Hullabaloo», revista puesta en escena por los aficionados de Pasadena, en el Teatro Municipal. Obtuvo tanto éxito que fué representada intacta en uno de los teatros de

llegada de Australia. En una de las compañías teatrales que actúan en los cines más importantes, corrió Norteamérica de un cabo a otro. Ninguna persona importante se fijó en ella hasta que obtuvo un papel en «Hullabaloo»; hasta entonces no había llamado la atención de nadie, ni en Broadway, ni en Hollywood.

Su aprendizaje fué efectuado al lado de su tío, James Girard, en Australia. Durante cinco años representó comedias musicales en las ciudades australianas, compartiendo los honores con este celebrado cómico. En alguna ocasión había trabajado en algún café importante, más que nada porque le gustaba cantar canciones francesas. Cuando se cansó de ello, emigró a California.

Antes que en Australia, vivió en Inglate-



Phyllis Barry y Ronald Colman, en la producción de Samuel Goldwyn para Artistas Asociados, «Su único pecado».

Hollywood. Alguien invitó a Sam Goldwyn al estreno. Phyllis gustó al productor cinematográfico, recordándole a Gertrude Lawrence, y creyó poder darle un papel en su divertida comedia musical «Torero a la fuerza», cuya estrella es Eddie Cantor.

Pero cuando Phyllis fué a verla, había reflexionado y tenía una idea mejor. En las finamente cinceladas facciones, en la suavidad de las maneras y la franca y abierta expresión de la cara de la joven, encontró la solución del problema que la planteó la busca de una artista para interpretar el papel de Doris en «Su único pecado». Se efectuaron unas pruebas que confirmaron rápidamente lo acertado de su elección.

En dos años que llevaba de estancia en América, Phyllis Barry no había logrado más contacto con la cinematografía que una visita que hizo como turista a los estudios de United Artists pocos días después de su

rra, donde pasó su adolescencia bajo la vigilancia de su madre. La fortuna de ésta, que había sido una actriz muy conocida, cambió, y entonces dibujaba vestidos para muchas estrellas femeninas de Londres, y era una excelente directora de vestuario teatral. Phyllis era una de las famosas «Tiller girls», pero no pudo estar mucho tiempo bajo las órdenes del maestro de baile, John Tiller, pues su madre la envió a Australia, aunque ella le acompañó en el viaje.

Viajaron mucho y recorrieron California en todos sentidos, sirviendo su madre de guía y acompañante de Phyllis. Los trajes que ésta luce, son dibujados y confeccionados por aquélla, cuyas ocupaciones predilectas son coser, mientras toma el sol en el patio de su «cottage», situado en una de las colinas que circundan Hollywood, y pegar los recortes de diario referentes a Phyllis en su álbum, que son numerosos, pues la encantadora artista se está haciendo famosa.

Dos nuevos films históricoreligiosos

En un artículo anterior me referí a los films históricoreligiosos; las presentes líneas podemos considerarlas como una sucesión de las que componían el citado artículo.

Transcribí en el mismo la relación detallada de las películas que formaban la serie de clase: señalé las vicisitudes sufridas desde la aparición de las mismas hasta la presente etapa, y en párrafo final decía, literalmente: «Lo que podemos asegurar es que será empresa ardua y difícil el superar la magnificencia de la mayoría de los citados films. ¿Imposible? De ningún modo; pero sí problemáticamente en un lapso no inferior a otra época cinematográfica.»

Sin querer juzgar prematuramente «El signo de la cruz», o sea, antes del estreno, me ratifico rotundamente en mi tesis.

Cecile De Mille es un verdadero veterano en la materia (no quiero decir en el cinema, sino en el aspecto interno del mismo que cuestionamos). Por eso el aficionado espera mucho de él cuando se anuncia una producción suya. En «El signo de la cruz» concurren una cantidad tal de circunstancias, que hacen factible su afán de superarse en cada trabajo. En este film existe una casa de verdadera garantía: la Paramount, y un encabezamiento en el reparto digno de tenerse en cuenta: Fredric March, un galán varonil, sobrio y de reputación—en este caso justificadísima—universal; dos primeras actrices: Elissa Landi y Claudette Colbert. Y aunque le coloque a posteriori, un gran actor de carácter: Charles Laughton. Nada menos que en el papel de Nerón.

¿Está explicada la expectación en Madrid por ver este film? No obstante el evidente conjunto de elementos, opino que «El signo de la cruz», aunque tiene méritos sobrados, no podrá remontarse mucho—acaso un poco—sobre el «Arca de Noé», «Ben-Hur» o «Rey de reyes». Probablemente sí en cuanto a interpretación y calidad de cinema. Muy posible que no en cuanto a su carácter comercial.

En el transcurso de horas podremos enjuiciarla definitivamente, asegurando que no lo haremos en la convicción de un sentido pesimista. Contrariamente: esperanzados. Es norma que aconsejo y que debe seguir siempre todo amante del cinema.

Estrenada recientemente, hemos admirado una película humorística sobre esta clase de films. La han interpretado Elissa Landi, Ernest Truex, Marjorie Rambeau y David Manners. La ha dirigido Walter Lang, y se titula «El marido de la amazona».

Es, sin duda, una aceptable película, pero no supera en ningún modo a «La vida privada de Helena de Troya», ni aún a «La castigadora».

Esperaremos, pues, otra etapa revolucionaria en el cinema para ver si estos films sufren alguna nueva modalidad en sus matices, porque «El signo de la cruz», ya estrenada en Barcelona y sometida a la oportuna crítica—la cual nos sirve de pequeño cálculo—, parece ser más bien la continuación de sus precedentes.

Ha llegado a nosotros la noticia de la realización de «Cleopatra», interpretada por

Claudette Colbert y dirigida por el eximio e inagotable De Mille. Cuando éste sigue produciendo films en el sentido susodicho, es preciso creer existe posibilidad de que borrar lo anteriormente ejecutado. De lo contrario, no podemos suponer a De Mille un tozudo imperturbable.

Indudablemente, la posibilidad es lógica,

pero no es el momento apropiado el presente.

¿Será «Cleopatra» el superlativo, o quizá solamente otra prolongación? Sin énfasis, mantengo que aún queda un trozo más que regular de camino total a recorrer hasta alcanzar el grado a que De Mille intuitivamente aspira.

PEDRO ALVAREZ

Madrid.

PLANOS AL «RALENTI»

Ahora que a los «yankis» se les ha secado la fuente de los contrabandistas de alcohol, podrán empezar con los «raptadores de millonarios».

Cuando leáis los números de comparsas, operadores, «girls», etc., que han cooperado en la realización de un «super film» o «super revista», leedlos siempre con un cero menos a la derecha.

Los empresarios de los cinemas debían hacer un homenaje a esas «girls» en paños menores que exhiben en las puertas de sus locales. Un homenaje a la «girl» desconocida.

Los films en «tecnicolor», son films con tomate.

Cuando se habla de vampiresas, se habla de todas menos de la más «vamp» de todas las «vamps»: la olvidada Phyllis Haver.

Porque Phyllis Haver, además de vampiresa, fué una gran artista.

Esos actores americanos que hablan en español, tienen natural propensión a decir un «carramba» cada vez que se deciden a estropear el lenguaje hispano.

Estreno riguroso de «Billy the Kid». Gran gala en el «Tetuán».

Felipe Sassone nos habla «sólo» del cine español. ¡Qué lástima!

Los rusos blancos de todos los países debían levantar un monumento a Rafael Martínez Gandía. Debajo del Arco del Triunfo.

Hubo alguno que nos habló hasta de las super excelencias del cinema italiano.

Fauna de «cine club». Esos espectadores nómadas que cuentan a los amigos que el cine mejor es el de los lejanos países donde ellos estuvieron. Ya sea en Finlandia o en el Sudán.

Los «críticos reunidos» han calificado de inmoral a «Las 8 golondrinas». Los «críticos reunidos», pequeña congregación de religiosos.

Y a sabemos

por qué la sesión de la «G. E. C. I.» ha indispuerto a los «críticos reunidos». Aunque en su hojita parroquial éstos nos digan otra cosa.

Catalina Bárcena es el Adolfo Menjou del cinema español.

R. M. G. nos ha dicho cómo sientan los trajes a Greta Garbo y a Janet Gaynor. Pero no nos ha dicho cómo sientan a José Mojica.

J. G. DE UBIETA

nuestra Portada

En la portada del presente número, Bárbara Stanwyck, destacada actriz del elenco de la Warner Bros.

En la contraportada, una escena de la opereta M-G-M. «Fra Diávolo», de que son protagonistas la pareja Laurel-Hardy y el famoso actor Denny King.



Peluquería para Señoras

PERMANENTE ONDULACIÓN

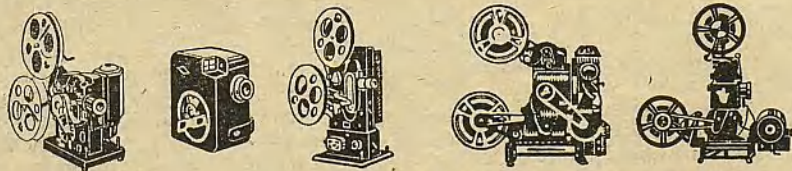
Realizada con los mejores aparatos modernos conocidos hasta la fecha.

*

Establecimientos Dalman Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1

(Entrada por la Perfumería) : Teléfono 13764



CINES BOLEX = EUMIG = PATHÉ-LUX = PATHÉ-BABY
GARANTIZATS per 3 anys

CINEMATOGRAFIA AMATEUR

Balmes, 12 Telèfon 21 470

“LA CALLE 42”

Un tanto a favor de América

«A NTE todo hay que dar importancia al argumento. Un buen asunto es esencial en toda clase de films, y más todavía en películas musicales, en que hay que concentrar la atención del espectador, un poco dispersa por la música, las canciones y los grandes conjuntos.»

Esto declara Lloid Bacon, a quien se debe la dirección de «La calle 42», que en la presente temporada ha presentado la firma Warner Bros-First National.

Su declaración, llevada al terreno práctico, ha proporcionado una obra bella y completa, algo nuevo, y lo que es aún más inexplicable, humano, en un género donde todo lo llenaba la música sin alma del «banjo» y una desnudez que ni siquiera trataba de ampararse en un oponente artístico.

Esa repetición y explotación de los temas tan grata a los americanos y que redundaba en perjuicio de la producción en general, había necesariamente de producir su algo aprovechable.

A fuerza de desarrollar el mismo asunto, de exprimir el tema de todas las modalidades imaginables, llega a caer éste en manos de un alguien que toma el guión, lo estudia, lo da a fuerzas interpretativas las más de las veces carentes de renombre y da al género su obra maestra.

Así lo consiguió y de un modo completo Howard Hawks ayudado por los dólares de Howard Hugues, al dar un golpe de muerte al tema del «gangster» con su magistral «Scarface», que agotó el género. (A la muerte del jefe, su querida pasa al sucesor. Todo conato sentimental, aborta. Poca sangre. Las Smit saludan a bocajarro, y entre aquel aire espeso de humo de pólvora, se trasluce, nítida, el alma sin alma del «gangster» auténtico.)

A la misma persona anteriormente—primerísima figura hoy del cinema americano—cupo también la gloria de decir la última palabra sobre otra modalidad espectacular, explotada torpe y subversivamente. Los films de aviación.

Con escaso numerario, medianos intérpretes, limitados elementos y menos propaganda, hizo a conciencia un film superrealista. «La escuadrilla del amanecer». Hizo suyos, con visiones de asombro, los amaneceres tétricos y únicos de los campos de guerra. (Sus Napier bélicos, a vuelo planeado, descienden para dejar caer los botes de metralla y ascender seguidamente. Las ametralladoras, rencorosas, mascan sin descanso la canana de balas. Llamó a su éxito, Verdad. Por eso, en este film no hay desfiles marciales ni besos de novia. Todo está manchado de realidad sucia.)

Estos geniales «última palabra» son necesarios. Porque no extirpan problemas, sino sólo visiones espectaculares de esos problemas, consiguiendo ahogar así los excesos del tecnicismo.

Con la versión cinemática de «La calle 42», dada por Bacon, asistimos a otro ejemplo del mismo caso.

Abierto el ciclo sonoro por los hermanos Warner, irrumpieron todas las productoras con una exhibición más o menos lujosa de sus valores. No desdenaron con miras a un mayor efecto, ni el detestable procedimiento del technicolor, ni toda la gama de los entonces deplorables efectos escénicos.

Bailables. Cantables. Chistes con pimienta. Dúos de risible ingenuidad. Gemidos de «ukelele». «The end» apoteósico.

Puerta abierta a las revistas y comedias musicales.

Inicia la Metro con «Hollywood Revue». Marion Davies—sonrisa abierta—taconeando sobre un tambor. A falta de otros—los futuros están muy preocupados «educándose» la voz—, Besie Love asoma su cara de chiclelo travieso en el pleno triunfo de sus piernas rotundas, para ocultarse en seguida tras el

espeso cortinón de los olvidados. «Broadway Melody».

«Galas de la Paramount».

«Fox Follies» y «Potpurri», por William Fox.

«No, no, Nanette», de Warner Bros.

«Música, maestro», por la First National.

«El loco cantor», «Letra y música», «El rey del jazz», «Loco de verano», «Torero a la fuerza»... 1932.

Y entonces llega Bacon con el manuscrito de «42—Street», de Bradford Ropes. Por su obra discurre todo un drama recrudescido por los contactos inevitables de la frivolidad que da ambiente a la obra. Asistimos a la tragedia de un director fracasado, de una de esas tragedias vulgares que por su vulgaridad misma llama más insistentemente a la puerta de lo dramático.

El cansancio desfigurando las facciones. Drama entre las chicas del cuerpo de coros. Ensayos. Cinco semanas de ensayos día y noche.

¡Visión! ¡Se rememora aquellas cintas donde vibró tan delicadamente la Nancy Carroll exquisita de «Manathan cock-tail» y «El ángel pecador»!

Un cuerpo, exhausto, se desploma. Revuelo. Pero al instante una voz reclama, imperiosa: ¡¡Música!! Ataca el piano. Actúa mecánicamente el conjunto.

Y el director... Anteponiéndose a esta perfecta visión de la vida gris y ruda de las coristas, con sus sinsabores y dramas oscuros, cuyos fracasos van a engrosar las manecías, se alza la figura de este personaje, director de revistas, eje de la acción.

Derrotado; enfermo, olvidado de todos aquellos a quienes elevó a la gloria y la fama y envenenado por tanta ingratitud, quiere decir su última palabra, crear «su obra».

Le vemos allí pálido y desencajado, consumiendo los cigarrillos nerviosamente, dirigiendo los ensayos para conseguir con el éxito su destrozada personalidad.

Lloid Bacon cuidó con una minuciosidad que le honra todos los detalles. Fué quizás su mayor acierto. Aquellos magníficos detalles...

Escena final. Por entre la orgía de luces del «foyer», desfila lentamente el público selecto en un juego de escotes y pecheras brillantes. Un hombre despeinado, sucio, el sombrero hacia atrás y consumiendo lentamente un cigarrillo, presencia, indiferente al parecer, aquel desfile. Con sonrisa extraña escucha unos comentarios que le niegan a él la más mínima parte del triunfo. El público, que no ve más allá del escenario, le dedica, cuando más, un comentario piadoso.

Pasan las gentes. Mueren las luces. El hombre, a pasos cansados, se dirige a un escalón. Se sienta y tira el cigarro. Sepulta el rostro entre las manos. Quizás lllore.

¡Ante ti, personaje-símbolo de tragedia, amasada a golpes de ingratitud, yo me descubro!

Probablemente la obra te defraudó a ti, hombre o muchacho, que asististe a ella con el deseo incalificable de ver más desnudo, y a ti, mujer de hoy, que quieres ser modernista e insensible, chica de club que representas «Luisa Fernanda» en funciones de caridad.

Lloid Bacon obtuvo una perfecta adaptación. No abusó de desplazamientos innecesarios de cámara. Obtuvo de Warner Baxter y Ruby Keeler sus mejores actuaciones, y en esto se parece a los directores de prestigio, únicos capaces del milagro de obtener algo de quienes no poseen nada.

Su gran acierto, no obstante, fué dar cabida a la tragedia en un argumento tan falso y hacer que sea aquélla la que sobresalga. Revistiendo la obra de un cierto humanismo, la hacía superior y diferente a todas las de su clase.

JOAQUÍN VEGA

Cádiz.

DIRECTORES FANTÁSTICOS Y UN DIRECTOR REAL: FRANK BORZAGE

Si O. Henry viviese hoy, encontraría inspiración abundante para sus obras en Hollywood, la moderna Bagdad, pero por mucho que buscara no podría nunca encontrar ningún fantástico individuo igual al director cinematográfico descrito por los novelistas o fruto de la imaginación popular. No existe tal ejemplar. Quizá existiese algún día, aunque los veteranos de Hollywood, que asistieron a los tiempos heroicos de la cinematografía, persistan en negarlo.

El hecho es que el fantástico director en cuestión, con pantalones y botas de montar, camisa Lord Byron, gorra con la visera hacia atrás y bastantes brazaletes esclavas para admirar un salvaje africano, sentado con el megáfono en la mano y como un rey en su trono y rodeado de sus satélites dando órdenes a directores ayudantes y artistas, es un compuesto de algunos excéntricos de Hollywood, especie tan extinguida hoy como la del pájaro dido.

Un ejemplar parecido provocaría hoy la risa y tendría que huir del «set» si existiese y lograra persuadir a algún estudio que le confiase la dirección de una película.

El director que triunfa en 1933 es un hombre de negocios, que viste y obra como cualquier directivo en todos los órdenes de la vida. Es un «gentleman», en el «set» y fuera de él, que merece el respeto de superiores y subordinados y que no tiene tiempo para adoptar poses interesantes. De él depende,

en gran parte, el rendimiento de las sumas invertidas en los films, que ascienden a centenares de miles de dólares y a veces a mayor cantidad, debiendo combinar durante varias semanas lo artístico con lo práctico, la visión y el sentido común.

Uno de estos directores es Frank Borzage, director de «Secretos», de Mary Pickford.

Teniendo en su haber producciones como «Humoresque», «El séptimo cielo» y «Adiós a las armas», se le podría perdonar alguna excentricidad, pero no tiene ninguna, a excepción de que está chupando continuamente su pipa.

Viste con sencillez y buen gusto, y conserva su forma física mediante la práctica del golf, pelota de mano y «squash». Ha detentado los campeonatos del distrito y de la costa del Pacífico de los dos últimos deportes. Es amable y cortés con todo el mundo. Nunca levanta la voz, por exasperado que esté. Cree, y practica lo que predica, que los más humildes extras han de ser tratados, igual que las estrellas, como damas y caballeros si no demuestran con su conducta lo contrario.

Ha ganado por dos veces, y es el único que se puede envanecer de ello, el más alto honor de la cinematografía, la recompensa de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas; no obstante, es tan modesto que cambia de conversación cuando le es presentada alguna persona que empieza por felicitarle por sus éxitos.

Borzage, que ha sido actor, generalmente permite a los artistas que interpreten los papeles a su modo. Tiene una paciencia infinita. Siempre procura comprender los puntos de vista ajenos. Hace quince años que está casado y aún no se ha divorciado.

El agua de mesa ideal para las actuales festividades: **Sales LITÍNICAS DALMAU**

UN FILM

“LA CASA DE LOS MUERTOS”

PARA nosotros los verdaderos amantes del cinema (de ese cinema por el que tantas y tantas lanzas se han roto y se siguen rompiendo desde estas mismas páginas) y que formamos un estrecho círculo fuera del círculo vicioso en que está encerrada la gran masa que hoy día acude a los cinematógrafos, constituye un problema de difícil solución por la falta de una crítica orientadora y consciente (hay excepciones) el acudir a un local de estrenos. Unas veces «orientados» por la crítica que de la película hacen en los diarios, otras engañados por la propaganda, el resultado casi siempre es el mismo: tras de dejar el bolsillo exhausto, siempre se sale del cine con la impresión de un rato lamentablemente perdido y la desesperación de ver al cinema prostituido y a un público siempre satisfecho de las bazofias proyectadas.

Acudimos una minoría selecta (entiéndase) a un punto de reunión habitual; las sesiones de cineclub: sesiones sobre algunas de las cuales no voy a hacer la crítica merecida (esa última sesión del cineclub F. U. E.); ya la ha hecho tan acertada y justa, como siempre, Augusto Isern, sesiones que, además, por no prodigarse lo debido, no llenan los deseos del aficionado.

En vista de eso, yo ahora frecuento los cines de barriada, los cuales, además de ser muy económicos y dar programa doble las más de las veces, suelen ofrecer de vez en cuando magníficas producciones que son relegadas a segundo término por no ser aptas para los cines de «campanillas» y su público aburguesado y sensiblero. Yo he visto en estos cines (claro es que con el consiguiente retraso) algunas cintas rusas, que fuera de los cineclubs no es posible ver en Madrid, desde luego sin darle la menor importancia. (Yo vi «El expreso azul» como complemento de un programa cuya base era «Bajo el cielo de Cuba».)

Deseos tenía yo de ver la película cuyo nombre encabeza este artículo. De ella me habían hablado en términos elogiosos, y yo, ante la posibilidad de ver un film humano y realista (ahora que tanto escasean), avizoraba las carteleras de los cines, pero a pesar de ser una producción de la temporada pasada, en casi un año que hace que estoy en la capital de España, no me había sido posible verla hasta el otro día en uno de estos simpáticos cines de barrio.

Magnífica película esta «Casa de los muertos». Buena dirección, magnífica interpretación. Estas dos cosas esenciales al servicio de una idea noble, tenía que dar forzosamente un magnífico resultado. Porque «La casa de los muertos» constituye ante todo un terrible alegato contra esa monstruosidad que todavía subsiste en la mayoría de los países llamados civilizados: la pena de muerte.

Ignoro el motivo que indujo al director el hacer esta película; si fué el deseo de aportar su grano de arena a la campaña que coincidiendo con el comienzo de la película (primeros del año pasado) se desarrolló en los Estados Unidos en pro de la abolición de la llamada «pena capital», o si fué simplemente el deseo de hacer una de esas películas, «no aptas para personas nerviosas», a que tan acostumbrados nos tienen las productoras yanquis.

Pero aunque así fuere, esta obra cumpliría el fin antes expuesto. Su efecto sería parecido al de la obra de Remarque, «Sin novedad en el frente». Este libro (no la película de la Universal), aun cuando no pretende ser una acusación (según el mismo autor declara), lo es, y bien fuerte por cierto; le basta divulgar los horrores de esa hecatombe para cumplir el objeto citado.

«La casa de los muertos», al presentar ese cúmulo de horribles sufrimientos morales que sufre el condenado a muerte antes de la ejecución, nos mueve a la reflexión, y se pregunta uno cómo es posible que en estos tiempos todavía no se intente la regeneración del delincuente y si se vuelque sobre él los rigores de una justicia injusta y muchas veces los odios de clase.

La cámara, en rápida sucesión de imágenes, ha plasmado en esas escenas, de un realismo impresionante, un poema de dolor y desesperación.

Un condenado a muerte pierde la razón en la celda; ese otro también al borde de la locura, para ocultar su terror, canta ante sus compañeros al conducirlo a la silla eléctrica; ese otro desgraciado de «color» también canta en la desesperación, y recuerda con añoranza los campos de algodón del Colorado, donde vegetaba su obscura vida de trabajador...

Esto es «La casa de los muertos», la prisión donde los condenados a la última pena pasan las horribles horas últimas de su existencia.

A esta fatídica casa, para darle un mayor efecto, ha querido el director conducir a un inocente. No era necesario: por culpable que sea un ser, no hay razón para arrebatarse la vida («el que esté libre de culpa, que arroje la primera piedra»), ahora que constituye un anatema contra los tribunales de la U. S. A. por sus frecuentes errores.

Hay en esta gran película otros dos tipos trazados con mano maestra: el sacerdote de la prisión y el director de la misma. El primero es un hombre cuyo corazón endu-

recido por el constante trato con los desgraciados, no comprende los sufrimientos de estos seres que quieren vivir su vida (para eso han venido al mundo); por eso no extraña que en el terrible trance de la ejecución no sea consuelo lo que de él reciben los presos, sino más bien una especie de felicitación. «Al fin y al cabo—dice—, van a dejar este valle de lágrimas y gozar de la otra vida». El director es otro ser sin sensibilidad, cuyo único mundo es la disciplina de la cárcel; por eso, al ocurrir el plante en la prisión, prefiere sacrificar a los guardias (uno de ellos cuñado suyo) antes de pactar con ellos.

Hacia el final, la película, aunque diestramente conducida, se hace vulgar su desarrollo. El plante antes citado, el sacrificio del dirigente y, finalmente, el retorno a la vida del injustamente acusado.

Una novedad presenta esta película:

el amor maternal. Es una innovación que ha venido a romper viejos moldes, cosa necesaria en estos films, en que el eterno idilio se supedita a otro objetivo más noble y altruista.

Al salir del cine, todavía repercutían en mi cerebro los ayes de desesperación de los moradores de «La casa de los muertos».

El séptimo arte, aquí en pleno desarrollo, dejaba huellas indelebiles de su enorme poder de sugestión.

Por una vez el cinema cumplía sus verdaderos fines.

ANGEL SISTERNAS

La próxima Junta general de la A. de P. C.

LA Agrupación de Periodistas Cinematográficos de Barcelona, pone en conocimiento de todos cuantos profese ha prescindido en ella de la damita joven y, por tanto, de la intriga amorosa. No hay más mujer que la que representa el amor maternal. Es una innovación que ha venido a romper viejos moldes, cosa necesaria en estos films, en que el eterno idilio se supedita a otro objetivo más noble y altruista.

En el local social, calle de Valencia, 252 bis, bajos, de once a dos y de cuatro a ocho, podrán proveerse de un ejemplar de los Estatutos, que les marca el camino a seguir para su solicitud de ingreso.

POPULAR FILM es, hasta ahora, la única revista española, que orienta a sus lectores respecto a las características principales del cinema soviético, tan interesante por su técnica y por su modalidad ideológica.

¿Qué dice su Horóscopo? Permítame Revelárselo Gratis

¿Quiere usted saber sin gasto alguno, lo que las estrellas indican y lo que el destino le depara; si la fortuna, la prosperidad y la felicidad acompañarán a usted en conexión con sus asuntos, ocupaciones, amor, lazos matrimoniales, amistades, enemigos, viajes, enfermedades, períodos afortunados y desafortunados, las trampas por evitar, las oportunidades por asir, y cualesquiera otra información de incalculable valor para usted?

En este caso, se le ofrece la oportunidad para obtener una Lectura Astral de su vida **ABSOLUTAMENTE GRATIS.**

GRATIS Su Lectura Astral, que consistirá en no menos de dos páginas enteras, escritas a máquina, se le remitirá a usted inmediatamente de este gran astrólogo, cuyas predicciones han despertado el interés de los dos Continentes. Permítame que le diga GRATIS hechos sorprendentes que pudieran cambiar todo el curso de su existencia y traerle éxito, felicidad y prosperidad.

Envíe simplemente su nombre y señas escritas con claridad, indique si es caballero, señora o señorita, y la fecha exacta de su nacimiento. No hay necesidad de incluir dinero, pero si lo desea, podrá incluir una peseta (en pequeñas denominaciones) para cubrir gastos de correo y de administración. No lo difiera, escriba ahora mismo. Dirección: **ROXROY STUDIOS**, Dept. r383 B, Emmastaaat, 42, La Haya, Holanda.

Sello de Holanda, 40 céntimos.

Nota. El profesor Roxroy goza de gran estimación por parte de sus numerosos clientes. Es el astrólogo más antiguo y más conocido del Continente. Ha estado practicando desde hace veinte años en la misma dirección. Su credibilidad podrá juzgarse por el hecho de que todo su trabajo, por el cual carga dinero, está basado en la garantía de satisfacción o reembolso del dinero.



Profesor ROXROY
El famoso Astrólogo

TENTACION

Perfume femenino



AGUA COLONIA

LOCIÓN

EXTRACTO MODELO LUJO

EXTRACTO MODELO CORRIENTE

PERFUMERÍA PARERA BADALONA

Tentacion

Tono florido: Perfume de día, propio para paseo, visita, teatro.

Tono Arabesco: Perfume de noche; seductor, embriagador, íntimo...


Chocolates

Amatller

Casa fundada en 1800

Chocolates de tipo familiar, puro, con almendra, con leche,
de gusto francés, Caracas

Depósito central: Manresa, 4 y 6 - Barcelona



CLARA BOW
Estrella de la Fox

La terrible infancia de Sylvia Sidney

En la pequeña habitación reinaba el silencio como en un templo; las miradas del padre y de la madre se cruzaron. Beatriz Sidney, la madre, dejó de besar unos instantes la tierna manecita. «Será libre, Sigmundo—dijo dulcemente—, nuestra Sylvia será libre.» Sigmundo se acercó a ella y exclamó: «¡Libre, que bello nombre!» La palabra libertad tenía para estos dos esposos un valor infinito.

El padre, Sigmundo, miró su reloj; la obligación le llamaba ya: en su despacho de dentista nadie esperaba.

Beatriz Sidney había vivido en medio de los sangrientos horrores de los preludios de la revolución rusa; todos sus familiares tuvieron que separarse para poderse esconder mejor. Tenía sólo catorce años cuando presenció la ejecución de su cuñado. Fue entonces cuando se decidió a huir con alguien de su familia. Para evitar sospechas y realizar su plan, vendió cuidadosamente lo que poseía: su vestido de fiestas, un broche de su madre y, en fin, hasta el «samovar».

Tenía, pues, quince años la madre de Sylvia cuando se dirigió a América a bordo de un barco mercante. Al llegar, Beatriz buscó algo con que ganarse su vida; tenía mucha disposición para la pintura, se especializó en este arte y llegó a ser uno de los dibujantes de más renombre de la casa John Vanamaker. Sigmundo Sidney, que desde los diez y siete años había abandonado Rumania, encontró en este momento a la linda Beatriz; se casaron y vivían en un piso sencillo, no muy distante de la ciudad, donde Sidney tenía su consultorio dental. Sylvia llegó al mundo y fué recibida con la máxima ilusión y alegría que puede esperar un recién nacido a su aparición en el mundo.

La mayor preocupación de los padres se cifró en dar a Sylvia un temperamento alegre;

no querían que la pequeña tuviera jamás aquel sentido amargo que la vida accidentada de sus dos adolescencias les había impuesto. «Si pudiéramos—decía Beatriz a Sigmundo—lograr que nuestra hija fuese sonriente, despreocupada, y pudiéramos dominar su timidez.» Y es que aquellos padres solícitos, atentos a los mínimos detalles de la actividad infantil de su hija, habían ya presentado el temperamento que su hija encerraba.

Querían evitar lo inevitable; la sangre de un pueblo oprimido corría por las venas de aquellos dos seres adoloridos. Las pupilas verdes de la inocente niña parecían mirar ya como las de su madre.

La abuela, mujer de experiencia, sonreía ante este deseo de los jóvenes esposos, y esta cuestión les llevaba frecuentemente a discusiones. «Hasta que uno es ya mayor puede aprender a vivir con alegría—decían los padres. Y la abuela contestaba: «Para Sylvia habrá melancolía hasta en las sonrisas. ¿Habéis, acaso, cambiado vosotros, después de tantos años como lleváis en un país de infantil alegría y despreocupación?»

Estos recuerdos de la abuela viven todavía en el hogar Sidney. Sylvia habla todavía de su abuela con una profunda afección: «La recuerdo—dice—en la mesa; nunca se quejaba de nada; era muy indulgente: a veces le gustaba darnos algún plato ruso y todos lo celebrábamos».

Sylvia, durante su infancia, fué siempre una chiquilla silenciosa, de carácter muy firme y aun tozudo.

«Sylvia—decía la profesora—, quédate sentada; todavía no se ha terminado la clase.» «Pues yo me voy», contestaba la niña, y se marchaba. La profesora telefoneaba a la madre. Beatriz la aguardaba, y en llegar le decía que había obrado muy mal y que tenía que obedecer a la profesora; pero Sylvia



Sylvia Sidney en su mansión hollywoodense.

seguía siempre demostrando su aversión a la escuela. Terminada la clase, corría hacia su casa con tanta velocidad como sus piernas le permitían: siempre iba sola, no tenía amigas.

Sus padres creyeron conveniente, en vista del carácter de Sylvia, de ponerla en un colegio a pensión, y así fué como en una mañana de septiembre, Sylvia y su madre se dirigieron a New York, donde estaba el pensionado en que debía entrar.

Sylvia llevaba un sombrero nuevo y unos zapatos de charol, tan brillantes, que a ella le pareció que podían servirle de espejo, y pensando en ello se distrajo durante el viaje.

«¿Sabes, madre, que estoy segura de que la nueva escuela no me gustará?» Esta le contestó: «Pero chiquilla; si todavía no la has visto». Llegaron al pensionado por la noche, y en realidad la mansión aquella era capaz de cautivar a cualquier corazón de chiquillo. Había un gran jardín con árboles inmensos, parterres y muchísimas flores, pero Sylvia no quería dejarse atraer ni cautivar por aquella visión agradable. Mirando al suelo y cogiendo muy fuerte la mano de su madre, atravesó el jardín y penetró en el pensionado, que para ella no era otra cosa que una mansión de destierro. Todavía tenía esperanza de que su madre no la dejaría allí, pero al fin, tuvo que resignarse.

Para Sylvia, todo aquel ambiente era desagradable; sobre todo, la mortificó ver que en el refectorio había tantas chicas sentadas en la mesa; no comió nada. Creía que su madre se dejaría enternecer por su rebeldía taciturna y que, al fin, no se atrevería a abandonarla allí.

Después de la comida, las niñas salieron al recreo. «Vete con ellas—le dijo miss Sidney—; la profesora va a contarles historias y cuentos». «Yo no estoy para resistir historias—contestó Sylvia—. Se separó, pues, del grupo de las niñas y se sentó cruzando sus piernas como un grumete.

«Una vez—empezó a decir la profesora—había un chiquillo que vivía en Holanda...» La abuela de Sylvia le había contado alguna vez la historia de los diques contruidos para vencer al mar. Esto la transportó en cierto modo a su casa, y empezó a escuchar con atención. La historia que contaba la maestra era nueva; hacía tiempo que ni su madre ni su abuela no le habían contado nada nue-





PELUQUERIA DE ARTE
"MANON"
 INSTALACION PRINCIPES/CA
 ESPECIALIDAD EN EL RUBIO PLATINO "HOLLYWOOD"
 PERMANENTES ETC. PRECIOS CORRIENTES/
 INSTITUT DE BEAUTE "MANON"
 RAMBLA DE CATALUNA 6 - BARNA.

vo. «Si el mar desbordase—continuó la profesora—, todas las lindas casitas desaparecerían; el mar lo barrería todo, hasta los campos de tulipanes.» Sylvia sintió que le invadía el sueño, y comenzó a cabecear. Para una chiquilla de seis años, el viaje a New York era hartó pesado.

Cuando Sylvia se despertó, era ya muy de noche. Primero creyó que estaba en su casita de siempre. Muy cerca de la ancha cama donde sus padres dormían, pero al levantar la mano para encontrar la mesilla, se dió cuenta de que no estaba en su cama; se acordó entonces de que había dejado a su madre cuando la profesora empezó la historia. «¡Madre! —gritó con terror—. ¡Madre! ¡Yo quiero a mi madre!»

Una profesora acudió. «Chits —dijo—; es muy tarde; calla, que despertarás a tus compañe-

ras.» Sylvia rechazaba a aquella persona que osaba a hablarle en tono de autoridad, y se puso a gritar con más fuerza: «¡Quiero a mi madre!» «Tu madre no está aquí» —le dijeron—. Al sentirse engañada, se sublevó.

La profesora comprendió que Sylvia no se sometería, y cambió de táctica. «Telefonea a tu madre» —le dijo—. Sylvia paró en seco de llorar, abrió desmesuradamente los ojos, y se levantó decidida para dirigirse al teléfono. La profesora la retuvo, diciéndole: «No, ahora, mujer; mañana. Ahora está todo muy oscuro; te prometo que mañana telefonearás.» Sylvia se conformó, pero al siguiente día, antes de desayunar, se dirigió al teléfono y le dijo a su madre: «Ven y llévame contigo.» Su madre le contestó: «Estoy avergonzada de ti; tanto tu padre como yo queremos que te quedes en la escuela, que estés en contacto con las otras niñas. ¿Comprendes, muñeca?» Sylvia, en-

tre altiva y suplicante, repuso: «¿No quieres venir a buscarme?» «No» —contestó su madre—. Era un no corto y brusco. Beatriz lo dijo con dolor, y continuó: «Y todavía más: si tú no te portas bien, yo no iré a visitarte, ¿entiendes?»

La madre hablaba con firmeza. Eran medidas severas, pero los padres de Sylvia preferían sacrificar el presente que el porvenir de su chiquilla.

Después de esta conversación con su madre, comprendió que no tenía más remedio que quedarse, pero decidió que no jugaría con nadie. Sus padres querían justamente que estuviera allí para relacionarse con niñas de su edad. Ella tomó, pues, posición de rebeldía con sus padres: tenía una voluntad tenacísima.

Si esperaban que Sylvia mejorara y que llegara a adaptarse al ambiente hasta ser amable con sus compañeras y profesoras, quedarían defraudados.

(Continúa
 en
 "Informaciones")

La
 bella
 actriz
 de la
 Paramount,
 Sylvia
 Sidney,
 cuya
 aventura
 infantil
 relata
 Magda
 Grey.



Cuatro vedettes os revelan los secretos de la elegancia

ELLAS son elegantes, no hay duda, ¡pero ganan mucho dinero! «¿Qué debe hacerse cuando hay que sostener el guardarropa con un presupuesto de dactilógrafa?», suspiran muchas jóvenes, cuando les hablan de la elegancia de nuestras artistas.

No hay que olvidar, sin embargo, que la mayor parte de ellas han conocido antes de las horas de éxito las duras horas de aprendizaje en el más dudoso de los oficios. En los comienzos les ha sido preciso vivir mezquinamente sobre reducidos sueldos y guardar, no obstante, apariencias de elegancia: cabellos bien peinados, trajes y una silueta seductora, para poder ser elegida por el director de escena. Aquellas que actualmente están consideradas como las mujeres mejor vestidas de la pantalla, han tenido en otros tiempos que buscar los retazos en un saldo y el par de guantes de ocasión, y de la experiencia de los días malos, sacan ahora partido para componer sus trajes en los días de gala.

Escuchad ahora alguna de entre ellas que pondrán a vuestro servicio su adquirida experiencia.

Claudette Colbert

No debemos olvidar que hay algunas piezas en las que es imposible economizar. Hay otras,

en cambio, en las que uno puede economizar mucho; por ejemplo: la lencería interior puede resultar barata usando batistas de colores claros. Actualmente, las medias no suelen ser caras; lo más importante es la duración y esto depende del cuidado. Si las laváis con jabones especiales, os durarán muchísimo más.

En cuanto al sombrero, una mujer joven suele encontrar lo que le favorezca sin ser caro.

Lo que necesariamente tiene que ser bueno, son los zapatos y los guantes.

Un vestido «sastre», debe también ser bueno; podréis hacerlo durar varias temporadas con la variación de blusas claras y sencillas, que resultan económicas, y que una puede variar a menudo. Para vestidos de verano y de baile, podemos contentarnos con copias de modelos, y si el color es bonito, el género puede ser sencillo.

Con zapatos, monedero y guantes que combinen, se obtienen conjuntos verdaderamente elegantes.

Joan Crawford

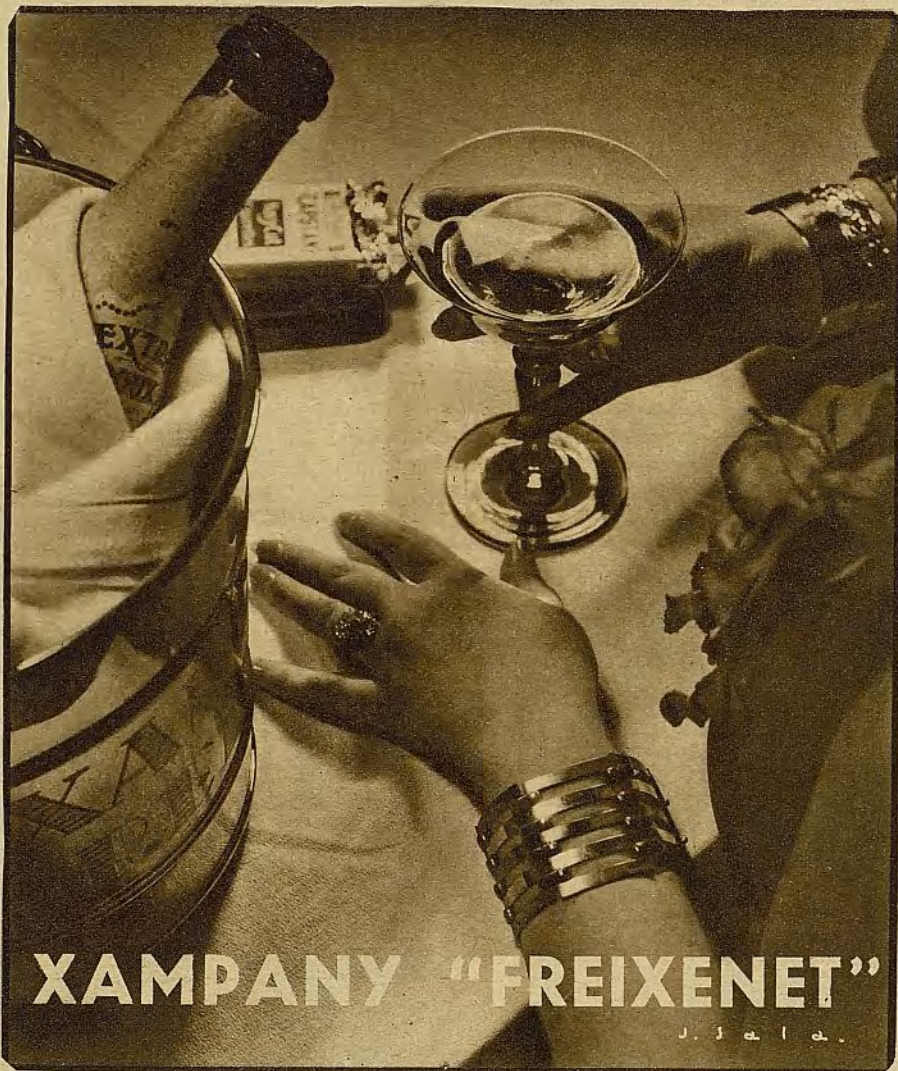
Cuando no se tiene dinero y se es coqueta, es preciso saber coser. Cuando yo estaba en Nueva York y no era rica, iba a ver los almacenes chic, tomaba nota de los modelos más elegantes y me hacía sacar los patrones

y cortaba yo misma mis vestidos. Si el traje salía bien, lo repetía en otra

tela distinta, con adornos diferentes. Me gustaban mucho entonces los ves-

tidos sencillos: los conjuntos sport.

(Continúa en "Informaciones")



En la foto de la izquierda, Karin Hardt, protagonista del nuevo film de Selecciones Filmófono, "Las 8 golondrinas".



En la foto de la derecha, Ali Ghitto, capitana del equipo de "Las 8 golondrinas".

"EL GRAN BLUFF"

(Producción alemana «Der gorsse bluff». Dirigida por Georg Jacoby. Música de Franz Grothe. Principales intérpretes: Lee Parry, Paul Hörbiger, Harald Paulsen, Betty Amann, Otto Wallburg y Adele Sandrock. Exclusiva Selecciones Ibi-films.)

EN el hotel habitado por la «estrella» cinematográfica Marion Millner (Betty Amann) entra un ladrón internacional, cuya verdadera personalidad se oculta bajo el nombre de Silver Jim. En los estudios cinematográficos donde trabaja Marion Millner, el director Pitt (Otto Wallburg) reúne a sus colaboradores para preparar una gran película y les expone sus deseos de que el lanzamiento de la misma sea precedido de una propaganda excepcional, «Un gran bluff». La estrella para dicha producción será la gentil Marion, pero su partenaire no ha sido designado todavía. El actor Harry Neuhoff (Harald Paulsen) se pasa los días en las antecámaras de los estudios sin lograr ser recibido por el director Pitt.

Todas sus tentativas de contratarse se estrellan ante la oposición de la detective particular del estudio, Gisa Langer (Lee Parry); en un momento

de distracción de la misma irrumpe en el despacho del director Pitt y el temible Silver Jim obtiene el contrato anhelado. Se encomienda a Gisa Langer vigile estrechamente los actos del galán de la futura película. Marion Millner explica al inspector Keller que las joyas que le fueron sustraídas de su domicilio son una imitación de las legítimas que guarda en su caja de seguridad del Banco. Artur Richman (Paul Hörbiger), presunto empresario norteamericano, visita los estudios acompañado del director Pitt para proponer un convenio de producción cinematográfica germano-americana. El inspector Keller, que se ocupa del robo de las joyas de Marion Millner, sigue la pista del célebre Silver Jim, y ésta le lleva también a los estudios, y expone al director Pitt la creencia de que el ladrón se encuentra en el recinto de la casa cinematográfica, el director Pitt se niega a facilitar a la policía los datos que él cree tener sobre la verdadera personalidad de Silver Jim. Un robo que se comete en la caja de los estudios, hace recaer las sospechas en Harry Neuhof, sin que se dé cuenta a la policía para no malograr el éxito de la película; éxito que piensa aprovechar el



La bella actriz Lee Parry, principal figura femenina de "El gran bluff", de las Selecciones Ibi Films, S. L., Caspe, 26, Barcelona.



director Pitt para la publicidad de la misma en el momento de lanzarla al mercado. Para celebrar la terminación del film se da una gran fiesta, a la que asisten todos los personajes conocidos; en la misma la estrella lucirá sus verdaderas joyas; la detective particular del estudio vigilará los movimientos de Neuhof y en el momento convenido de antemano, lo entregará a la policía; Richman acude como invitado del director, y cuando la estrella Marion Millner está cantando a petición de los presentes el número que interpreta en el film, se apagan las luces y un desconocido le roba las joyas. Restablecida la calma, se pone en claro toda la trama del argumento y se descubre el velo de la intriga.

GRETA GARBO es un caso exagerado de «agorafobia», y aún podría decirse mejor de «antropofobia». Nadie se alarme, no obstante, ya que en realidad no se trata de otra cosa que de un vulgar miedo a la gente: «agorafobia» significa miedo a la multitud.

Analicemos una de sus recientes visitas a New York. Algunos días antes de que su incógnito fuese descubierto y divulgado por los periódicos, Harry Hershfield se paseaba por el Metropolitan Museum, donde es muy conocido por ser un coleccionador de obras de arte. Uno de los guardias le llamó y le dijo: «Esta mujer alta, con el abrigo de tuved, es la actriz Greta Garbo». Hershfield la miró con atención y, efectivamente, era la Garbo. El mismo se presentó y le dirigió unas palabras de cortesía y elogio de su arte. Ella estuvo más amable y cordial que

EL MIEDO DE GRETA GARBO

de costumbre, pero se puso el dedo en la boca, y le dijo: «Sí, sí, soy la Garbo, pero guarde el secreto.»

Pocos días después, la noticia se divulgó, y Saint-Moritz Hotel, donde ella se hospedaba con el nombre de «Gusia Berger», se convirtió en una asamblea de repórters.

Greta lo prefiere todo a la vida esclava de la ciudad, y todo el mundo conoce sus largos paseos por Central-Park y su afición a las montañas. Los repórters estaban furiosos por su actitud persistentemente silenciosa. Uno, más ingenioso que los demás, colocó en Central-Park un telescopio y se plantó allí horas enteras para ver a la estrella de mayor magnitud: Greta. Pero Greta no estaba allí. Dirigió el telescopio a las habitaciones de la Garbo, pero en ellas sólo pudo

contemplar una de tantas innumerables dobles de Greta, paseándose delante del balcón. Entonces corrieron voces de que la Garbo no había estado jamás en la ciudad. Era muy extraño. Después de tanta curiosidad y excitación, y de que casi todos los periódicos de la ciudad no habían hecho otra cosa que hablar de ella y contar sus anécdotas, ella no aparecía por parte alguna. ¿Podía ser todo ello únicamente un caso de indocumentación periodística? ¿Era posible que la Garbo no hubiese venido a New York y que se hallase tranquilamente en su casa de Brentwood Heights, mientras la Metro-Goldwyn-Mayer no hubiese hecho otra cosa que mandarnos su agente de prensa ruso?

Si la Garbo quería realmente silencio, ¿por qué instalarse en Saint-Moritz Hotel, sitio preferido de las artistas, en lugar de hospedarse en otro más sencillo y tranquilo? No, no hay que dudar, la Garbo estaba en Nueva York.

Se ha inventado mucho acerca de esta visita y mucho de cuanto se dijo es falso. Estaba en Nueva York, en Manhathan y en Saint Moritz.

El miedo a la gente originariamente tenía una causa fisiológica: por poco psicólogo que uno sea siguiendo los acontecimientos de su vida puede encontrar causas suficientes para explicarse este estado de ánimo del cual es víctima Greta.

Se ha dicho mucho que la Garbo era desgraciada. En Hollywood, porque no conocía el temperamento americano y no se familiarizaba tampoco con su lenguaje. Pero esto sucede a todos los extranjeros y en general no parece suficiente para producir una reacción psicológica en el sentido que la sufre la Garbo.

Claro que en un principio la gente se reía un poco de sus maneras, que chocaban con el ambiente, pero ella misma confiesa que sus fobias empezaron mucho antes.

La primera preocupación que tuvo fué debida a su estatura; todas las chiquillas que a los doce o trece años crecen rápidamente, llegando a una talla más que mediana, han pasado por esa experiencia. Su cabeza y sus espaldas, al elevarse por encima de las de sus compañeras, producen una cierta extrañeza. Al comparar sus largas piernas con las de sus compañeras todavía infantiles, se sentía avergonzada; sus manos y sus pies, iban por el mismo camino. Toda su vitalidad y energía era absorbida por este desarrollo precipitado, y, naturalmente, pasó una época de debilidad mental que influyó incluso en el retraso de sus estudios, pero casos como éste son observados por todos los maestros.

(Continúa

en

“Informaciones”)



KAY FRANCIS está en Nueva York. Esta frase se repite en Hollywood cada siete u ocho semanas, porque la gran estrella no deja pasar más de dos meses sin ir a hacer una visita a su amada-Nueva York.

Va en aeroplano, para acortar tiempo, llega allí en veinticuatro horas, se está tres o cuatro días, o más, o menos, según el trabajo que le espera en los estudios, y regresa a Hollywood, más hermosa, más inteligente, más nueva, si se nos permite decirlo, para actuar ante la lente, con nuevas energías y con mayores conocimientos.

En su apartamento neoyorquino, al lado de su esposo, Kenneth McKenna, Kay Francis, opina...

Es el mayor peligro para una actriz permanecer siempre en el ambiente de su trabajo; llega a acostumbrarse a él de tal forma, que ya luego le es difícil enfrentar la vida desde su verdadero punto de vista; siempre la ve trasfigurada, deformada por las obras artísticas que ha representado y no es luego capaz de comprender otros caracteres más que los que ya ha representado tres o cuatro veces ante la lente. Mi mayor deseo es no pensar siempre como una actriz; me gusta de vez en cuando pensar como una mujer que no tiene nada que ver con el arte, y por esto salgo con tanta frecuencia de Hollywood. Ser actriz quiere decir vivir en cada obra una individualidad humana distinta y que rara vez tiene conexión con las cosas del teatro o de la pantalla. Para conocer esas clases de caracteres, es absolutamente indispensable huir del ambiente teatral o cinematográfico y vivir como el resto de los humanos, ya que la vida del artista es siempre muy distinta de las demás gentes. En Hollywood, por ejemplo, todo está relacionado con el cine, no se oye hablar de otra cosa; trabajamos en las películas, hablamos de ellas, comemos de ellas, puede decirse que hasta soñamos en ellas y

KAY FRANCIS, OPINA

nadie puede comprender el peligro que esto encierra para el artista, que necesita tener siempre despierta su inteligencia a todo humano saber y el corazón propicio a experimentar todo humano sentimiento; la comprensión completa de los distintos caracteres que ha de interpretar son la materia prima del arte de un actor o actriz lo mismo

de todos los temperamentos, sobre los que estudio concienzudamente para mis futuras producciones.

En estas vacaciones que estoy pasando en Nueva York me dedico a leer el argumento de «La mundana», la próxima cinta de la que será protagonista y que se rodará en los estudios Warner Bros First National. Es un carácter que he estudiado

wood me sentiré lo suficientemente fuerte para llevar cabo ese trabajo y alcanzar en él un buen resultado.

Hace dos años que trabajo para la pantalla, y mis primeros pasos en ella me decepcionaron un poco, pues vi que ni los productores, ni los actores, ni los mismos directores, se tomaban demasiado en serio este arte.

pea, que se ha lanzado a caminos nuevos, en donde se ha dejado en segundo término el negocio, para pensar sólo en producir obras verdaderamente artísticas.

«La mundana» es un film que huirá de los antiguos métodos y creo que, por su asunto y por su presentación, ha de alcanzar el favor del público. Yo haré cuanto de mí dependa para no defraudarlo.

Kay Francis, después de opinar acerca del arte cinematográfico, ha seguido aún en Nueva York unas semanas más que se ha tomado para descansar y para ambientarse, según dice ella; para poder estar más tiempo al lado de su marido, a quien adora, según afirman «las malas lenguas».

Siluetas de Gene Raymond

GENE RAYMOND es el rival masculino de Jean Harlow, pero se pone como un tomate cuando le mencionan su cabello platinado.

Nació en Nueva York, de padres franceses, y su nombre verdadero es Raymond Guion. Sus amigos lo llaman «Ray».

Su tema favorito son los caballos; menciónese al noble bruto y a Ray se le ha dado cuerda por horas. Anhela llegar a tener una estancia para dedicarse a la cría de caballos.

No se ha casado, y jura que ni siquiera ha soñado hacerlo.

Pisó las tablas a la edad de cinco años, y muy joven ganó laureles en Broadway, haciendo cuatro éxitos seguidos. Tuvo después un período de mala suerte; la suerte le sonrió de nuevo y, finalmente, arribó a Hollywood y alcanzó el contrato ambicionado.

Su mayor éxito lo obtuvo en «Zoo in Budapest»; su caracterización más reciente ha sido en «Un breve instante», de Columbia.

Tiene un humor seco, y le toma el pelo de lo lindo a sus amigos con impasible seriedad.

Su parte en «Un breve instante», con Carola Lombard, es una de las más interesantes de su carrera y la interpreta con mucho efecto.



Kay Francis, la bella protagonista de «La mundana», de la Warner Bros-First National, conversando con el director de la cinta, después de un «travelling».

teatral que cinematográfico.

Hollywood es sencillamente delicioso, a mí me encanta; pero le encuentro mayores atractivos cuando regreso a él después de haber pasado unos días, o mejor aún, unas semanas en Nueva York, después de haber tratado con gentes que nada tienen que ver con el arte cinematográfico, gentes de todas clases y

detenidamente el de esa «mundana» que tendré que encarnar, un carácter lleno de contradicciones y emocionante, en el que me estoy adiestrando con verdadero placer. He procurado relacionarme con algunas mujeres que me han parecido tener alguna semejanza con «La mundana» y he observado en ellas los rasgos sobresalientes de su carácter. Cuando regrese a Holly-

wood me sentiré lo suficientemente fuerte para llevar cabo ese trabajo y alcanzar en él un buen resultado. Lo enfrentaban desde un punto de vista demasiado frívolo; pero ahora veo con gusto que Hollywood reacciona, que da más importancia a los asuntos que se filman, que pone mayor seriedad en ese «negocio», recordando a tiempo que además es un arte y que como a arte lo han de tratar si no quieren perder su mercado mundial, arrollados por la producción euro-



Películas de la temporada

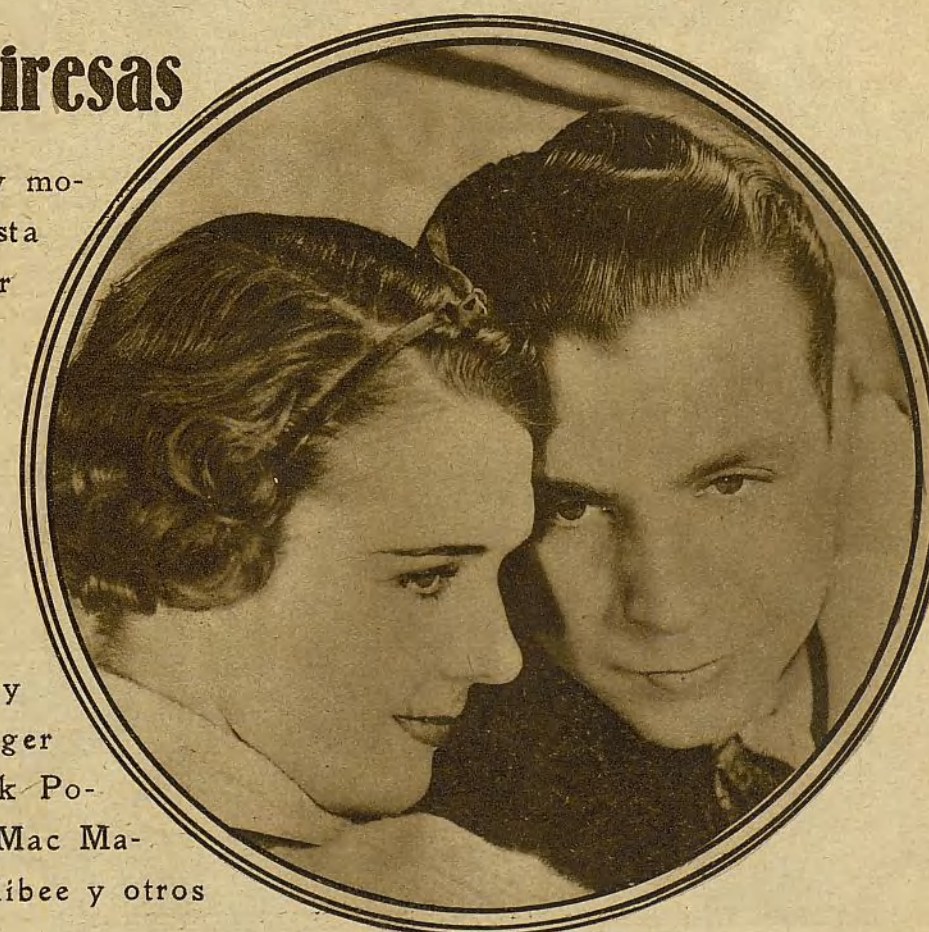
famosos artistas.

1933"



"Vampiresas

Una alegre y moderna revista de la Warner Bros con un formidable elenco, formado por Joan Blondell, Warren William, Ruby Keeler, Ginger Rogers, Dick Powell, Aline MacMahon, Guy Kibee y otros



EL FLORECIMIENTO DE MYRNA LOY

por CARMEN DE PINILLOS

MYRNA LOY ha cambiado muchísimo. Eso no quiere decir que el cambio sobreviniera cuando, de la crisálida de roles arteros, de la mujer insidiosa de ojos almendrados, brotó de repente la mariposa de múltiples colores... una bella mujer en papeles románticos, sentimentales.

Lo que quiere decir es que otro cambio más notable e importante se ha producido en ella... Se ha convertido en artista de grandes aspiraciones, y estas aspiraciones se traducen en el sello más delicado y artístico que puede discernirse más y más en cada una de sus interpretaciones. Cada día se destaca más como actriz de talento; actriz que

otros grandes artistas observan disimuladamente, algunos con aprensión, otros con envidia.

—En mi opinión, Myrna Loy será estrella dentro de un año... ¡y una de las estrellas favoritas del público!

Tal es la predicción del director... S. Van Dyke, y él sabe ciertamente lo que se pesca. Ha dirigido en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer varias de las películas que más se hayan destacado en la historia del cinema por su valor artístico y comercial. Jamás se ha equivocado en ninguna de sus producciones... ni sus profecías han salido jamás fallidas. A Van Dyke se deben películas tan interesantes como



RUBIO PLATINADO Y DORADO

Extracto Manzanilla Tejero

Venta en Perfumerías

De no encontrarlo en su localidad solicítelo a

INSTITUTO DE BELLEZA TEJERO - Cortes, 613 - Barcelona

«Sombras blancas en el mar del sur», «Trader Horn», «Tarzán, el hombre mono» y otras más..., a favor de las cuales muchos artistas oscuros han surgido a la cumbre.

Por lo tanto cuando el director Van Dyke dice rotundamente que Fulano o Zutana ascenderá a las alturas del estrellato dentro de un año, es esta una declaración que debe recordarse y tenerse en cuenta... puesto que muy rara vez oímos de él esta clase de predicciones.

Comenzando por el principio, diremos que Myrna Loy ha tenido que luchar por todo lo que haya obtenido en su vida. Las praderas de Montana fueron sus campos de juego cuando niña. Allí desarrolló una constitución sana y vigorosa, la afición por los ejercicios al aire libre y la convicción de la necesidad de mantenerse en perfectas condiciones físicas.

—Desde la infancia decidí que sería bailarina o actriz—dice la joven—, y todo lo que aprendía en la escuela lo traducía en términos del arte dramático, dedicándome especialmente a la literatura y a la historia.

Consagró también bastante tiempo a la escultura, en su empeño tenaz de aprender cosas que le sirvieran para la carrera de su elección. Ingresó en la escuela de segunda enseñanza en California, porque consideraba que el profesor de bellas artes que tenían allí era el mejor que existiera por entonces en la localidad.

Diremos de paso que mientras estuvo en aquella escuela, miss Loy sirvió de modelo para una graciosa estatua que hoy corona la fuente de los parques del establecimiento. La estatua fué esculpida por su profesor y lleva el título de «Aspiración»..., y desde entonces la bonita muchacha ha sido realmente el espíritu encarnado de exaltadas aspiraciones artísticas.

—En la escuela hacía yo vida de reclusa—continúa Myrna—. Nunca me mezclaba con las otras alumnas, salvo durante las fiestas escolares. Concurría a todos los bailes de primavera, a todos los festivales, a todas las funciones de aficionados..., pero aun en esos alegres momentos, nadie podía calificarme de sociable... porque no era yo misma. Siempre era alguna otra persona.

Así ha avanzado Myrna Loy, luchando desde la niñez hasta colocarse en primera fila entre los artistas de la pantalla. Amoldándose en cuerpo y alma al ideal de la estatua de mármol, «Aspiración», es también una reclusa entre la colonia del cine. En muy raras ocasiones concurre a los sitios conspicuos de recreo en Hollywood. Jamás se la encuentra en las bulliciosas fiestas de la colonia. Jamás se la ve en medio de la multitud.

(Continúa en «Informaciones»)



Myrna Loy, a la que W-S. Van Dyke, el famoso director de la M-G-M, pronostica una carrera llena de éxitos.

PADDY, LO MEJOR A FALTA DE UN CHICO

PAREJAS... parejas... y más parejas todavía. Las casas productoras usan y abusan de esta costumbre de formar parejas. Cuando una actriz y un actor, juntados incidentalmente en algún film nos dan una interpretación de éxito, la casa afortunada repite la experiencia, y si el éxito continúa, va repitiendo las actuaciones de la nueva pareja en la esperanza de que el éxito no puede tener fin.

La temporada pasada nos dió una pareja atormentada con la película «Papá piernas largas». Janet Gaynor hallaba su mejor compañero de toda su carrera en Warner Baxter, el actor favorito de todas las pantallas. Janet y su *papá* lograron un éxito sin precedentes. La ingenuidad de la pequeña y adorable estrella hallaba el complemento perfecto en Warner Baxter, el hombre simpático que empieza a prever la madurez, plétórico de virilidad, alejado por completo de los alñados galanes acostumbrados.

Pero en la Fox se ha adoptado el sistema de no repetir las parejas más que en el caso en que un nuevo argumento exija dos artistas de condiciones especiales y se dé el caso de que éstos artistas hayan actuado ya juntos con anterioridad. Por esta razón, aquella pareja Janet Gaynor-Warner Baxter, que tan absolutamente logró el favor del público, se ha repetido esta temporada, en que una nueva película, «Paddy», exigía dos artistas de las cualidades especiales que Janet Gaynor y Warner Baxter han demostrado poseer.

En efecto, el argumento del film exigía una actriz joven, vivaracha, alegre e ingenua. Inmediatamente los directores de la Fox pensaron en Janet Gaynor: ¿Quién mejor que ella podría interpretar un papel de esta índole? Y si este mismo argumento exigía en el principal papel masculino a un hombre joven, sin ser un chiquillo, elegante y



Janet Gaynor y Warner Baxter, en la película Fox, «Paddy, lo mejor a falta de un chico».



En la foto del centro, una escena del film.

Abajo: Margaret Lindsay y Harvey Stephens en dicha producción.



comprensivo, ¿es de extrañar que se adjudicara la interpretación de este simpático personaje al gran actor por excelencia, es decir, a Warner Baxter? Y he aquí que a causa de un argumento, y principalmente, de las características de los personajes de «Paddy», nos hallamos de nuevo ante la simpática pareja, ensueño de muchachitas casaderas, de «Papá piernas largas».

Por cierto que una vez dado el papel a Janet Gaynor, el director, Harry Lachman, se encontró con la dificultad de que Janet, aún encarnando a las mil maravillas el papel en cuestión, tenía un inconveniente: no sabía montar a caballo. Y el argumento de «Paddy» exigía un paseo a caballo en compañía de Warner Baxter. Se aplazó la escena y se siguió rodando. Aun llegó a pensarse si sería suprimida y substituida por otra escena equivalente sin relación alguna con la equitación. Así las cosas, pasó una semana, y un buen día Janet se presentó al director y con el aire más inocente le dijo: «Bien, director, cuando usted quiera podremos rodar aquella escena a caballo».

Todo el mundo quedó sorprendido en el estudio. Pero la explicación no se hizo esperar. Janet Gaynor sabía ya de cuantas maneras puede llegar un jinete a tierra al caerse del caballo, pero sabía también que añadía otro conocimiento precioso a los muchos de que dispone esta encantadora estrella Fox para asegurar su permanente triunfo en todas las pantallas mundiales.

«Paddy» nos presenta el caso de una chica que por su carácter quizá debió nacer hombre. Nació chica, y qué le vamos a hacer. Gobierna a su antojo cosas y vidas, como si fueran muñecas. Cuando supone que su hermana va a casarse por dinero, no duda en plantear el problema a su mismo padre, y aun al ver la inutilidad de sus esfuerzos, al mismo novio, el cual, como nuestros lectores habrán supuesto de antemano, no es otro que el mismísimo Warner Baxter.

El idilio de Janet y Warner en «Paddy» es algo tan humano, que no

(Continúa en «Informaciones»)

UNA GRAN
ACTRIZ

HELEN HAYES

UNA cara pequeña, aplastada, bastante ancha y triste. Los ojos muy separados y con algo de estrabismo; una boca inmensa, un cuerpo pequeño, muy pequeño, sosteniendo una cabeza peinada con un fleco pasado de moda. Aquí tenéis el retrato de Helen Hayes.

En la pantalla, la primera impresión es la misma, y si tuviéramos que juzgarla por sus fotografías o por las imágenes de los escasos films que le conocemos, deduciríamos que es una chica insignificante. Y es que Helen Hayes no es bonita; ella misma lo sabe y lo proclama. Además, estamos mal acostumbrados por la profusión de chicas verdaderamente hermosas que América nos manda: estos cuerpos de diosa, estos rostros perfectos, grabados en la gelatina ininflamable. La abundancia de estas maravillas hacen volver exigente al espectador de cinema. Con justicia los moralistas hacen servir este argumento para sostener que el cinema ha inclinado el gusto a las vanas apariencias y le ha robado el sentido del valor exacto de las cosas. A esto los defensores del claro oscuro opondrán el caso de una Madeleine Renaud, en Francia, y el de una Helen Hayes, en América.

Helen Hayes procede del teatro, lo adora, y, hablando con puridad, sólo le hace breves infidelidades representando delante de las cámaras. Desde hace veinte años el teatro ha encuadrado su vida. En 1913 ya representaba papeles infantiles en Washington. En 1919, en la adolescencia, le surgió la conciencia de su personalidad, y esta resultó tan clara que la joven se impuso inmediatamente. En el Broadway su actuación tuvo una larga serie de triunfos; pero esta mujer de temperamento de trágica, tan perfectamente marcado, representaba entonces la comedia. Fue preciso representar en la escena el papel de «Coquet-

te» y en la pantalla su creación de «La faute de Madelón Claudet», para revelar sus posibilidades dramáticas.

Cuando en Hollywood las gentes se extrañan de este contrasentido, Helen Hayes contesta: «Soy buena trágica, porque he representado tanto tiempo la comedia». John Barrymore tiene razón cuando sostiene que la comedia debe ser representada como una tragedia, y la tragedia como una comedia. El oficio de actor exige una sensibilidad artística llevada hasta ese punto.

Ella contesta así porque no le es posible escapar eternamente a los infatigables sabuesos que son los periodistas americanos. Pero ella también dice muy alto, que se considera infotografiable, y que está muy lejos de obtener en la pantalla resultados satisfactorios a sus propios ojos.

Cuando las primeras proyecciones de ensayo de «La faute de Madelón Claudet», su debut cinematográfico, ella salió de la sala llorando desengañada, desanimada, dispuesta a abandonar inmediatamente el cinema.

Actualmente voy a recordaros una pequeña anécdota, que acaso habréis olvidado si la conocéis. La Academia americana del film, cuyos juicios son severos, atribuyó en los comienzos de aquel año el primer premio del año 1931 y 1932 a una artista hasta entonces desconocida en Hollywood, aunque no en Broadway: a Helen Hayes, por su creación en «La faute de Madelón Claudet».

Frank Borzage se llevaba en la misma lista la palma como director de escena por razón de otro film.

Frank Borzage, Helen Hayes, un ambiente extraído de una obra de arte literaria y, por añadidura, el irresistible Gary Cooper, el admirable Jack La Rue y el viejo amigo Menjou: todo ello debía producir un film sensacional: «L'adieu au Drapeau», adap-



Uno de los mayores encantos de la mujer es el uso de las **Crema Jacobina** (a base para los polvos). **Crema Limpiadora** que se usa con el tónico especial **Tónico Vegetal**, **Leche Maravillosa**, **Acelite de flores**, **Polvos Colorete** y otros productos de gran belleza. Para detalles pida gratis folleto explicativo a

E. JOAQUI - Avenida 14 Abril, 377, principal
Teléf. 75732 Se venta en las principales Perfumerías

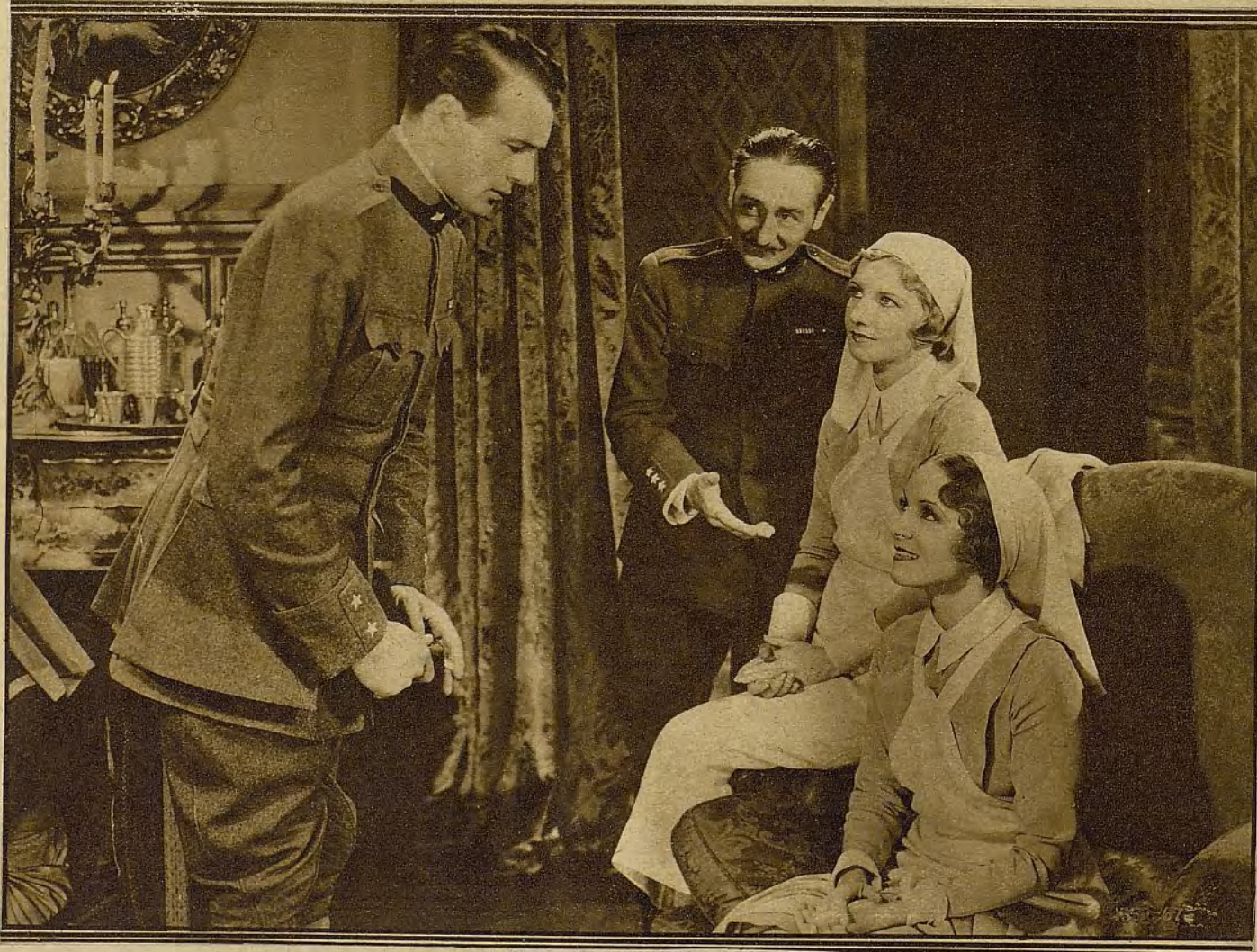
tación del célebre e impresionante «Farewell to arms», de Hemingway.

Gracias a este film, mejor que a «Arrowsmith», en el cual la hemos visto ya aparejada con Ronald Colman, Helen Hayes se dará a conocer en Europa.

Ella ha escalado, con la emocionante y dolorosa historia de una enfermera durante

(Continúa en «Informaciones»)

Helen
Hayes,
la
admirable
actriz
de
cinema,
en una
escena
de
«Adiós
a las
armas»,
film
dirigido
por
Frank
Borzage.



ELISSA LANDI NO ES NIETA DE UNA EMPERATRIZ

En otoño de 1914, poco después de los acontecimientos de Flandes, durante la gran guerra, en los que ingleses y franceses conjuntamente tanto sufrieron, apareció en Londres un libro firmado por la condesa Zanardi Landi, en el cual ella proclamaba el ser hija del emperador Francisco José de Austria y de la emperatriz Elisabeth. Hacía constar que la habían educado en una completa ignorancia de su real familia, obedeciendo al deseo de la emperatriz de tener una hija completamente libre y personal, sin prejuicios, con una educación distinta de las reglas de etiqueta de la casa de Habsburgo.

Fundamentada en esta relación, circuló en el mundo de la pantalla la leyenda de que Elissa Landi era nieta de una emperatriz.

Lo primero que se ha de tener en cuenta para contradecir tal historia, es que cuando nació la condesa Zanardi Landi, la emperatriz de Austria, es decir, su supuesta madre, debía tener ya cuarenta y siete años, y que

su última hija, la archiduquesa Valeria, había nacido quince años antes; que después de este nacimiento, la emperatriz deseó vivamente tener otro hijo, sobre todo un chico, pero no hubo ya más esperanzas de maternidad.

Los familiares, tanto como la corte, sabían que la emperatriz no podía tener más hijos.

La segunda objeción que a tal leyenda se opone, es relativa a las circunstancias que según el relato de la condesa acompañaron a su nacimiento. Ella dice que nació en el palacio de Sassetot, en Norman-

La gran actriz,
Elissa Landi, que
se dice hija de la
Emperatriz Eli-
sabeth de Aus-
tria.



día, donde la emperatriz pasaba el verano, y que el acontecimiento se mantuvo secreto: que se dijo que la emperatriz había tenido un accidente de caballo, el cual la había obligado a guardar unas semanas de cama. Añade todavía que el emperador fué a verla de incógnito, sin que nadie lo supiera y que en Sassetot nadie sabía que se tratase de los emperadores de Austria, sino que todos creían que era una simple condesa de Hohenembs.

Lo que realmente sucedió en verdad es lo siguiente:

La emperatriz, a quien entusiasmaba el viajar y que gustaba extraordinariamente de la soledad, en julio de 1882 alquiló el castillo de Sassetot, en el Sena inferior, cerca de Petites Dalles; llegó acompañada de numerosa servidumbre: doce perros de caza y una importante cuadra de caballos de montar. La emperatriz viajaba, como de costumbre, con el nombre de condesa de Hohenembs, que era uno de los títulos de la casa de Habsburgo, pero no era con intención de esconder su personalidad. Su llegada fué a recibirla el prefecto del Sena inferior y le dió la bienvenida en nombre del presidente de la República francesa, y ella le recibió como merecen las autoridades locales, y la prensa francesa dió cuenta amplia del acontecimiento.

Recibió asiduamente visitas del párroco de Sassetot e iba con regularidad a la iglesia los domingos y se relacionó con mucha gente y entre otras con las Hermanas que cuidaban de la escuela de Sassetot y de Petites Dalles.

Montaba muy a menudo a caballo, causando la admiración del país. Las

(Continúa en "Informaciones")

(Continuación)

III

Enrique, el hombre, cabalgó con el corazón amargado hasta Rochester.

Una vida de perro, esta vida de rey. Un hombre puede casarse con la elegida de su corazón, pero los reyes deben casarse como dicte la razón de Estado. Maldijo el día que prestó oídos a las instancias de sus ministros y consintió en casarse con la duquesa Ana. Ningún joven inexperto estuvo más loco por su amada que el tres veces casado Enrique por «su pequeña Catalina».

En la antecámara cuatro temerosas damas alemanas hacían reverencias, mientras el ceño del rey era cada vez más amenazador. Eran a cual más fea... y ¿dónde estaba la duquesa?

¿Este espantapájaros? ¡Ah, pero Cromwell, que arregló el matrimonio, lo pagaría caro!

El rey se aconsejó con sus ministros. Estaba hecho, pero ¿no había manera de deshacerlo? ¿No podían hacer que se volviese por donde había venido? Esto significaría la guerra, le dijeron, la gue-

sus caballeros que le hiciesen la toilette nocturna, el rey Enrique estaba entregado a su profundo disgusto.

—¡Las cosas que he de hacer por Inglaterra!— dijo amargamente.—¿Qué suerte tenéis vosotros de no ser el rey!

Y ciertamente, jamás un novio buscó su lecho matrimonial con mayor repugnancia.

Estaba tan seguro de que era tonta y necia, que nunca presintió que hubiese el mayor ingenio en aquella pequeña cabeza. Estaba tan cierto de que era simple y boba, que nunca observó cuán hábilmente se hacía pasar por esto. Se sentó tristemente en la cama, tratando de entablar conversación, mientras que los ojos de ella se dilataban como asombrados bajo su gorro de dormir.

—¿Cantáis?— la preguntó con abatimiento.

Y ella contestó, remilgada:

—En Alemania las mujeres respetables no cantan.

cidamente. «Me gusta mucho.»

Sea, pues, Agincourt. Vale más jugar a las cartas con ella que jugar a hacerle el amor. Jugaron partida tras partida.

Podía ser más tonta que una mula de Flandes, pero sabía jugar. Ganaba invariablemente hasta a

humorado, «pero no quiero vivir con vos.»

Había toda la astucia de la serpiente en voz ligeramente gutural cuando ella sugirió:

«¿Por qué no divorciá-ros de mí, como un caballero?» ¿Divorciarse, ¿sería verdad?

«¿Consentiríais?»

taba a Enrique a hacerlo. Eran muy tardos en leer el pensamiento real, y después del último fiasco nadie osaba insinuar una palabra acerca de una nueva reina. Se sentaba a la mesa en el gran salón de Hampton Court, lanzando tímidas y codiciosas miradas a su Catalina, impaciente como un colegial.

«Vuestra Gracia está muy solo!», le dijeron una noche; «es el destino de la grandeza».



rra de toda Europa contra Inglaterra. Así, pues, en la misma capilla de Hampton Court donde se desposó con la linda y tonta Jane, Enrique, el rey, casó con la duquesa Ana de Cleves.

Podía haberse preguntado, si hubiese pensado menos en sí mismo, qué sentimientos experimentaría su novia; habría visto, sino hubiese estado ciego para todo menos para sus propios deseos, que ella hacía bien pocos esfuerzos para agradarle. Pero mientras dejaba a

—¿Sabéis jugar?

—Sí, sé.

Se levantó.

—Te traeré una guitarra.

Quizás esta temerosa criatura tenía algún encanto imprevisto. En el fondo de su alma Enrique amaba realmente la música. Pero ella le desengañó con estas palabras:

—¡Oh, no! Juguemos a las cartas.

Enrique se animó un poco.

—Ya es algo. ¿Sabes jugar Agincourt?

«Ya», contestó ella plá-

que, sospechando algo, le agarró la muñeca.

«¿Hacéis trampas!»

No se inmutó por ello.

«¿Qué voy a hacer con vos?»

«¿Cortarme la cabeza?»

«Probablemente.»

«No os atreveréis!», le dijo con sus estúpidos e inocentes ojos iluminados por la inteligencia y la malicia, «porque ocasionaría un gran escándalo en Europa. ¡Enrique, el verdadero de mujeres, así te llaman!»

«Pueden llamarme lo que quieran», la dijo mal-

Oh, sí! Si le convenía el trato, consentiría. El hubiera dado el reino de Inglaterra para librarse de ella, y sólo pidió un par de castillos, cuatro mil coronas al año, y uno de sus caballeros como jefe de su casa. Un momento después sellaban el pacto con un apretón de manos.

«Y ahora», dijo Enrique de muy buen humor, «confesad que habéis hecho trampas, o volvéis a Alemania.»

«¡Hicé trampas!» confesó sin recato, «y vos también. ¿No escondéis a Catalina Howard para jugar contra mi reina?»

Y la creyó boba.

«¿Lo sabíais?»

Como un chico sorprendido al hacer una travesura, le miró con un poco de miedo. No obstante, movió la cabeza afirmativamente, mostrándose imperturbable.

«Lo sabía. Y después de poco tiempo os ayudaré a casaros con ella, ¿no?»

La expresión de Enrique cambió por completo. La simpatía que debía unirles hasta el fin de sus días se hizo evidente cuando el rey besó a Ana. «Sois la mujer más buena con que nunca me haya casado. Buenas noches.»

* *

Ahora que estaba des-

Y él, sin poder contener los ímpetus de su corazón, estalló:

«¡Al diablo la grandeza! Lo olvidaría todo para convertirme en el más humilde paje o en un mozo de establo que tiene una esposa que le ama.»

Una esposa que le amase? Ahora le comprendieron por fin. Antes de una hora fueron todos a insinuarle que debía volverse a casar, y él, con real benevolencia, prometió tomar el asunto en consideración. Podéis creer que no tardó mucho en buscar a Catalina.

«Los Lores, los Conunes, los Obispos, el carnicero, el panadero y el cerero, me imploran que vuelva a casarme», la dijo alegremente.

Lató triunfalmente el corazón de ella, pero supo ocultar su alegría.

«¿Será acaso una princesa francesa?», preguntó en tono inocente; «¿la sobrina del emperador?» El meneó la cabeza y extendió sus largos brazos.

«Será una joven inglesa, si ella me quiere. ¿Me ama, bien mío?»

Una joven inglesa que le amaba. Los reyes pueden ser necios, tan necios como los simples mortales. Enrique, necio como el que más, la estrechó contra su corazón.

(Continuará)

DE IRUSTA, FUGAZOT Y DEMARE, A RODOLFO VALENTINO, PASANDO POR "BOLICHE"

Yo te puedo decir, lectora bella, que la historia galante del famoso trío argentino Iruستا, Fugazot y Demare, tiene páginas más intensas y más sorprendentes que las del malogrado Rodolfo Valentino. Dirás que la vida de aquél ha gozado de mayor popularidad que la de éstos. Exacto; pero reconoce que Valentino fué un magnífico vanidoso; comerció con su popularidad, una popularidad creada y pagada por los editores de sus películas. Iruستا, Fugazot y Demare, en cambio, han vivido su vida en un silencio casi absoluto, sin buscar la aventura, sin prepararla.

Si fuera posible descifrar los secretos que duermen en los ojos y en los labios de estos muchachos, verías, lectora amable, que nuestra severación no es exagerada. Los ojos y los labios de Iruستا, Fugazot y Demare, han rimado los versos más cálidos del amor. Pero nadie ha logrado leer estos versos. Estos muchachos, y al contrario de otros artistas, callan y niegan sus triunfos en el amor, incluso procuran no ser vistos públicamente con sus admiradoras.

—Los secretos del corazón, no interesan a nadie, más que a los que viven estos secretos—nos dicen.

—Sin embargo—advertía un conocido novelista—, otros artistas blasonan de su ascendencia sobre el elemento femenino. Algunos hasta dar a la publicidad su correspondencia amorosa.

—Posiblemente; pero eso no deja de constituir una grosera vanidad impropia de un caballero. Las cartas que llegan a nuestras manos son exclusivamente para nosotros y



Un primer plano de Amparo Alfiaga e Iruستا, en la opereta hispanoargentina, "Bolíche".

a nadie más pertenecen. Si una admiradora nos escribe en los términos que sea, no lo hace para que nosotros arrastremos su nombre por el arroyo. Una confesión de mujer es... eso; una confesión, un acto sagradísimo que ningún hombre debe prostituir divulgándolo.

En efecto, Iruستا, Fugazot y Demare jamás han dado motivo para que la prensa hable de sus aventuras. Las mujeres que llegaron a ellos o que sostuvieron con ellos una correspondencia privada, han quedado en el anonimato.

Díganlo sino aquella dama de Valencia que pretendió comprar el teatro donde actuaba el trío. ¿Quién era? ¿Y aquella mu-

chachita que se fugó de la casa paterna y que Demare restituyó en persona a sus padres? ¿Y aquella mujer casada que confesó a su esposo que estaba enamorada de Iruستا? ¿Y aquella muchachita que después de sobornar al criado del hotel barcelonés se introdujo en la habitación de Demare y no salió de ella hasta que Demare cambió de hospedaje?...

Y así hasta llenar cuartillas y más cuartillas con multitud de aventuras en las que jamás podremos descubrir el nombre de la heroína.

Ultimamente, en un conocidísimo restaurante de la Barceloneta pudimos asistir a la iniciación de un idilio. Iruستا, Fugazot y Demare cenaban con algunos amigos celebrando la terminación de la película "Bolíche". Frente a ellos una sugestiva mujer acompañada de un hombre.

—Preciosa mujer—comentamos todos.

—Debe conocerle—insinuó uno a Demare—. Te mira mucho.

—No, la recuerdo—respondió Demare.

Al poco rato, la mujer aquella se levantaba de la mesa y salía del comedor. Minutos más tarde un camarero se acercaba a Demare.

—Le llaman al teléfono.

Demare salió para hablar por teléfono... y no volvió. Tampoco volvió la mujer. Al día siguiente no fué posible arrancar a Demare el más mínimo detalle acerca de la aventura.

—No volví porque me llamaba Landini para ultimar un negocio.

Pero Demare ignoraba que Landini—el apoderado del trío—se presentó momentos después en el restaurante preguntando por Demare.

Así proceden y así viven estos afortunados y admirados artistas, a los que tú, lectora, puedes ver en el Salón Cataluña, donde se proyecta la película "Bolíche", de la que ellos son protagonistas.



Los protagonistas de "Bolíche", de la "Orphea Film".

La voluntad de Paúl Lukas

Este actor pasó en Hollywood una terrible crisis relacionada con su arte, y es admirable la manera como la venció.

No podré olvidar—nos dice Lukas—aquella mañana en que me dijeron que quedaba alejado del cine por mi poca habilidad hablando inglés. Me dijeron que mi plazo de seis meses de prueba había ya terminado y que sintiéndolo mucho, se veían obligados a contratar a otro.

»Yo supliqué, casi lesforcé, a que esperaran un poco más. Les prometí que en muy poco tiempo yo aprendería el inglés perfectamente. Me preguntaron si un plazo de seis meses sería suficiente para mi propósito. Yo se lo aseguré. Ellos consintieron en no rescindir el contrato hasta después de los seis meses y yo tuve la suerte de cumplir mi palabra.»

¿Qué suerte? ¡El trabajo tenaz que tuvo que realizar! El asegura que si lo hubiera visto de cerca no hubiera tenido el valor de llevarlo a cabo y se hubiera resignado con su destino. Es increíble el entusiasmo que puso para realizar lo que había prometido, a pesar de encontrarse con una imposibilidad casi invencible. Toda su vida ha sido una constante decisión de llegar a lo imposible... Y en muchos casos ha vencido.

Su intento de aprender el inglés en seis meses es una prueba de su carácter. También en ésta salió vencedor.

Si conocéis algo de su vida y del esfuerzo que ha hecho para acercarse a su ideal; comprenderéis mejor a este hombre, que ha aprendido en pocos meses una de las lenguas modernas más difíciles... ¡A este paso puede ir continuando su carrera!

Paul Lukas nació en un tren expreso a la velocidad de sesenta millas hora, entre una de las provincias fronterizas y Budapest, capital de Hungría. Fue la mañana del veintiseis de mayo, y por una rara coincidencia, algunos años más tarde, en esa misma fecha, le concedieron los seis meses de favor para alcanzar la fama.

Durante su infancia y hasta en su primera juventud, se sintió atraído por la carrera de actor. Le gustaba ir al teatro y contemplar las grandes representaciones de aquel tiempo. Llegó hasta el punto de confiar el deseo



a su padre. Aquí encontró el primer obstáculo.

Su padre estaba francamente en contra de que un miembro cualquiera de su familia fuese actor. Hasta tal punto, que advirtió a su hijo que si tomaba aquella decisión, no volvería a poner los pies en la casa de sus padres y que no contara con la más pequeña ayuda de su parte.

Durante su juventud tuvo que sufrir una verdadera lucha mental. Su sueño y los deseos de su padre eran tan completamente distintos, que hasta algunos años más tarde no llegó a ver la posibilidad de realizar su sueño.

Llegó la Gran Guerra. Quiso servir en el ejército. En aquel país es obligatorio que los jóvenes pasen un año en el servicio militar, y Paul escogió esta época como la mejor. Fue inmediatamente conducido a una compañía al fuego. Después de pocas semanas, fue herido y conducido al hospital. Ya del todo restablecido, pidió entrar en el cuerpo de aviación, y muy pronto voló por encima de su país.

Después de pasar un año en este servicio, fue herido nuevamente y más seriamente que la vez primera. Le concedieron un año de licencia y se fue inmediatamente a su casa.

Después de unos días de reconcentración y de tristes recuerdos, llegó a la conclusión de que si volvía al campo de batalla ya no volvería más...

Había, pues, llegado el momento de realizar su máximo deseo. Tenía que orientarse hacia el teatro.

Tan pronto como su padre se enteró de sus proyectos, le ordenó marcharse de su casa, privándole de volver a ella hasta que hubiera recobrado su juicio.

Paul Lukas tomó los pocos dineros que le quedaban de su última paga en el ejército y subió en el tren con dirección a Budapest.

Cuando se marchó, se impuso un plazo de

(Continúa

en

"Informaciones")

Paúl Lukas,
o el triunfo de
una voluntad.



“Siempre”

III

(De la película Fox, cantada por José Mojica, “La melodía prohibida”).

do siem-pre (Ella) Mio mio

The first system of the musical score for 'Siempre'. It features a vocal line in G major (one sharp) and a piano accompaniment. The vocal line has a long note on 'do' followed by 'siem-pre' and '(Ella) Mio mio'. The piano accompaniment includes triplets and a *p-mf* dynamic marking.

siem-pre has-tael fin de to do

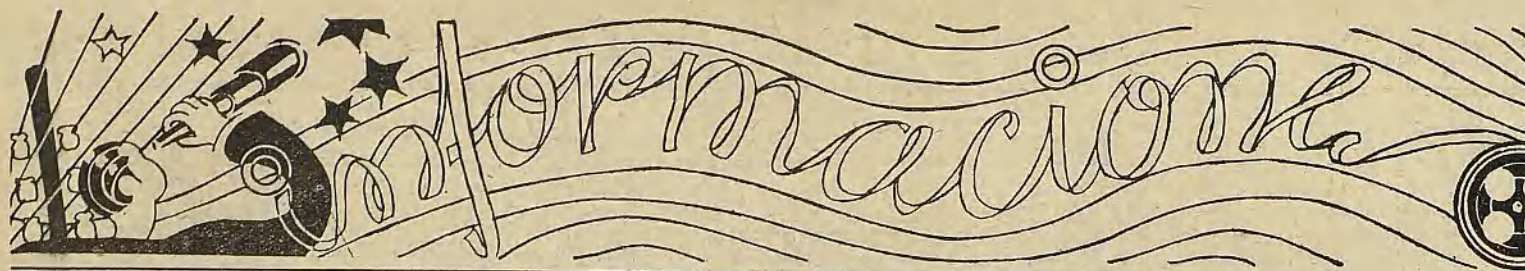
The second system of the musical score. The vocal line continues with 'siem-pre has-tael fin de to do'. The piano accompaniment features a key change to A major (two sharps) and includes triplets.

siempre! Fie les siempre

The third system of the musical score. The vocal line includes 'siempre!' and 'Fie les siempre'. The piano accompaniment features triplets and a *mf* dynamic marking.

y el que no lo sea, mo-ri-ra

The fourth system of the musical score. The vocal line includes 'y el que no lo sea, mo-ri-ra'. The piano accompaniment continues with triplets.



La terrible infancia de Sylvia

Sidney

(Continuación de las págs. 2 y 3)

Si alguna verdad me atrevo a decir es que las cosas iban de mal en peor.

A veces, durante aquellas noches negras y solas, una lágrima amarga salía de sus ojos verdes, pero nadie la veía. En el transcurso del día, la cosa era más difícil de sostener. «Eres una chica muy mala»—solía decirle aquella profesora, dura y alta como un poste—. «Si no aprendes a obedecer, te aseguro que llegarás a un mal fin.» Sylvia comenzó a tener miedo a este porvenir que todos le anunciaban terrible.

Las demás chiquillas la observaban como si fuese una criatura extraña, nacida en otro planeta; no podían comprenderla. Ella, naturalmente, hacía todo lo posible para evitarlas.

En medio de este mundo, casi enemigo, Sylvia encontró un amigo, uno solo, que la vigilaba cuando salía y se iban a pasear juntos. Este amigo era Roger, un perro inmenso, con una cola sedosa y bien peinada, que meneaba con orgullo.

No hace mucho tiempo que Sylvia, recordando a aquella chiquilla indisciplinada de su infancia, nos decía: «No puedo imaginar que hubiese resistido aquellos meses de escuela, si no hubiese tenido a Roger; era del todo desgraciada.»

Pensando en Roger, ni la clase de aritmética le resultaba pesada.

Lo recordaba allí pacientemente tendido al pie de la escalinata, aparentemente durmiendo, pero siempre alerta, vigilando y esperándola a ella. ¡Oh!, su único amigo; el único que vio llorar a Sylvia.

Bien procuraba ser fuerte, pero a veces habían penas demasiado hondas para que las resistiera una chiquilla de seis años. Imaginaos, por ejemplo, lo trágico que era

para Sylvia tener que comer pan con mantequilla. Ella nunca había comido productos elaborados con leche. El primer mes, todo su pan y mantequilla se quedó en el plato. Pero luego, un día, aquella profesora ceñuda observó que Sylvia había dejado la mantequilla y el pan, y la obligó a comerlo por disciplina.

«Tienes que comerte esto» —dijo a Sylvia severamente—. Todas las chiquillas te

Este montón de pan con mantequilla llegó a crecer tanto, que a Sylvia le parecía que le privaba la contemplación de todo lo demás del mundo, hasta de la iglesia. Las historias divertidas de Gredilok y Pinocho perdían también su color e interés. Este pan con mantequilla había invadido su mundo infantil, privándole del más pequeño soplo de alegría.

Una tarde, Sylvia y Roger estaban sentados junto a un muro del jardín. Sylvia, convencida de que nunca podría hacer desaparecer el montón de pan y mantequilla, se abandonó a su tristeza, y en un arranque de infantil desesperación abrazó a Roger y escondió sus lágrimas entre su sedoso abrigo. Sí, lloraba. El sol iba bajando ya y los troncos desnudos de otoño se estremecían. Sylvia, por su frenética ilusión de salir del edificio de la escuela, había ido sin sweter. Se oyó de lejos la campana que advertía a las escolares la hora de cenar. Sylvia oyó las casi imperceptibles voces de sus compañeras entrando en el comedor. Se imaginó por un instante la impresión que su ausencia causaría. Quiso dominarse, tanto que todo su cuerpo sufría. Vió saltar un pájaro por encima del muro, y ella también saltó y casi instintivamente se dejó caer del otro lado del muro.

Ya en el otro lado se quedó inmóvil, asustada, pero resolvió no volver a la escuela. ¿Volvería a su casa? ¿Cómo la recibirían sus padres? ¡Qué importaba lo que le pudiera suceder! Todo sería mejor que aquella vida delante de un montón de pan y mantequilla y que las miradas severas de aquella profesora inhumana.

Y así, en aquellos instantes en que la noche lo invade todo y parece que el temor nos inmoviliza, Sylvia se sintió valiente, con la valentía del inconsciente, y emprendió su primera aventura.

MAGDA GREY

¿Un Poder Decisivo?

Existe un poder decisivo, que en los metales se llama imán y en el ser humano se denomina magnetismo, por medio del cual usted puede lograr los siguientes propósitos:



Radiar su pensamiento a voluntad.
—Servirse de su Superconsciencia.
—Penetrar el sentir de los demás.
—Descubrir tesoros ocultos.—Subyugar voluntades y afectos.—Inspirar pasiones intensas.—Conocer sus días y horas propicias.—Curar enfermedades y extraviados.—Obtener riquezas y prolongar la vida.

Informes gratis a toda persona reservada que se interese en alguno de estos conocimientos. Escriba

P. UTILIDAD

APARTADO 159

VIGO

(ESPAÑA)

nían las miradas fijas en ella. «No puedo —respondió Sylvia—; nunca he comido pan con mantequilla, ni cuando estaba en casa.» «Pues ahora lo comerás—dijo la profesora—, y te advierto que fuese cual fuese el trozo que dejases, te lo colocaré de nuevo en la siguiente comida delante de tu plato con un trozo fresco para que lo comas todo.»

Por la noche tenía así dos trozos de pan con mantequilla delante de su plato; tres, al día siguiente para el desayuno, y... cada vez, naturalmente, iban aumentando.

Cuatro vedettes os revelan los secretos de la elegancia

(Continuación de la pág. 4)

Tenía una locura por los zapatos: los compraba, en general, de color claro, y acababa tiñéndolos de marrón o de negro.

Carole Lombard

Arreglaos un pequeño presupuesto y destinad una parte evidentemente

importante a una buena piel, un renard, por ejemplo, o mejor, dos renards. Con esto podéis llevar ropas muy sencillas y no tener más que un abrigo. La piel lo salva todo.

Cuando tenía necesidad de contar con mis dedos para conciliar las exigencias de mi coquetería con

las posibilidades de mi bolsa, compraba vestidos de tarde o de baile, de colores claros, que usaba después para calle cambiados en azul, marrón o negro. Sabía escoger una ropa, no por ella misma, sino por los servicios que podía prestarme y por la manera cómo combinarla con las demás piezas de mi guardarropa, y tenía traza en refrescar un

adorno o ajustar un vestido de confección.

Lylian Thasman

Evitad dos cosas como la peste: los adornos complicados y las pieles baratas. Una piel es verdaderamente muy útil; pero si debéis contentaros con piel de conejo, renunciad decididamente a ella. Se adornan muy bien los abrigos con echarpes

de punto, haciendo juego con el monedero o con el sombrero.

Si compráis un vestido confeccionado, quitad los adornos, que lo hacen, generalmente, ordinario y reemplazadlos por detalles personales o copiados de modelos de buenas modistas.

Con un poco de gusto y de ingenio, todas las mujeres parecen hadas.

El miedo de Greta Garbo

(Continuación de la pág. 6)

Greta, pues, a los trece años tenía la misma talla que ahora, o poco menos; calzaba el número 37 y su desmaño la preocupaba, así es que tanto en la época en que estaba empleada como dependienta de una barbería, enjabonando las caras de los clientes, como cuando ejercía de vendedora en una casa de modas, sentía que todos los ojos se fijaban en ella, y una especie de vergüenza la invadía.

Llegaron luego los acontecimientos que la condujeron a América, y allí su talla llamaba más la atención, porque la mayor parte de las estrellas eran mujeres pequeñas. La primera vez que le propusieron una entrevista, llegó diez minutos tarde, y ella

misma nos confiesa que se había estado paseando por su habitación temblando de miedo, esforzándose en dominarse para aparecer tranquila delante de aquel desconocido que tenía que hablar con ella. Cuando entró, las primeras palabras que se le ocurrieron fueron estas: «Perdone que le reciba con este abrigo de lana, pero en Suecia los llevamos así». Temía que su interlocutor encontrara que no iba vestida correctamente y se burlase de ella. Tranquilizada por su interlocutor, había comenzado a hablar cuando bruscamente se calló y cortó la entrevista con estas palabras: «No quiero decir nada, usted no me entenderá... Usted se ríe de mí.»

La Garbo se siente horrorizada ante la idea de que una mujer desconocida pudiera reírse de ella y más todavía en un país extraño.

Cuando la interlocutora regresó a las oficinas de la Metro-Goldwyn-Mayer, dijo:

—Esta chica se ha sentido mortificada profundamente. ¿Por qué será?... ¿Por qué causa?

Tenía buenos amigos que eran amables con ella; muchos deseaban ayudarla, pero ella no quería la ayuda de nadie. ¿Por qué? La respuesta es la misma siempre para todo lo que concierne a Greta Garbo. Es incomprendible la historia de esta mujer si no se tiene presente la influencia sobre ella ejercida por Mauritz Stiller.

Stiller le había dicho, refiriéndose a los americanos: «Esta gente no es amiga tuya. Ellos no te comprenderán como te he comprendido yo. Harán todo lo posible para explotarte y hacerte volver loca. Tú no tienes más que un amigo y este soy yo.»

CONTINUACIÓN DE "INFORMACIONES"

La Garbo lo creyó, como creía todo lo que él le decía; llegaba hasta el punto de no querer hablar con nadie por el temor de que Stiller lo descubriese. El por qué de que Stiller le imbuyese estas ideas, es otra historia que por ahora no debe preocuparnos.

Hay que ver el temor que llegó a tener la Garbo durante la realización de «The Temptress»; Stiller empezó la dirección de este film, pero tuvo que ser substituído por Niblo, y Stiller no volvió a ser contratado por Metro-Goldwyn-Mayer.

Esto fué algo que Greta nunca comprendió. Era muy considerado no sólo en Suecia, sino en toda Europa. Se le conocía como el mejor director de películas de Europa, y a pesar de todo, fué despedido como cualquier empleado de una oficina.

La Garbo, ante este hecho, pensó: «Si los estudios eran capaces de portarse así con un hombre de la categoría de Stiller, ¿qué no harían con ella, una mujer insignificante?»

Torturada por esta idea, sin poder hablar de ella con nadie, ni con Stiller, que se lo prohibió, Greta rehusó volver al estudio y rescindió el contrato.

Esto ocurría en los momentos en que su fama de «mujer fatal» estaba iniciándose, pero en realidad, su malignidad apareció más tarde. Por ello todavía se encoge y atemoriza delante de la gente. La sociedad la oprime.

La gente no se reía ya de ella; quizás la prensa la calumnie, y quizás la odien; pero ya no ríen; ahora es ella la que los tiene

a todos en su mano; es ella quien va a reírse de ellos; pero esta risa suya encierra el más refinado escepticismo; es la mujer más amargada de Hollywood.

Yo la he visto muchas veces entrar en el estudio con aires de reina, y al verse agasajada por todos y que el director se apresu-

¡AÑO NUEVO, VIDA NUEVA!

Todas las señoras elegantes de nuestra Sociedad y de nuestro mundo artístico, preferirán sin duda alguna para regalo de dichas fiestas, un elegante modelo de sombrero adquirido en

MAISON GERMAINE

PUERTA FERRISA, 6, que acaba de renovar su siempre espléndida colección del más refinado gusto Parisino.

raba a preguntarle por su salud, ella contestaba sonriendo, enigmática, con una especie de diabólica alegría: «Hace algunos años no tenían ustedes el menor interés o preocupación de que yo viviera o muriera...» Ahora saludan a la Garbo. Bueno, saluden, doblen de una vez sus rodillas anquilosadas.

Ahora todos la contemplan, y ya no por-

que es alta, ni porque es desmañada, no; la contemplan porque es la gran Greta Garbo.

Cada noche suele leer lo que de ella habla la prensa, y ríe, ríe a pleno pulmón. Se la oye de un extremo al otro de la casa, pero no es un reír gozoso y tranquilo: su risa tiene algo de amargura.

Miss Berthold nos cuenta que el miedo a la gente no la ha abandonado aún.

«Un día—cuenta Berthold—la encontré en el tren de Pasadena perseguida por una nube de repórters; Greta huía de vagón en vagón. Algunos pasajeros notaron la presencia de la estrella, y lo comunicaron a sus amigos. La Garbo huyó hacia el último vagón con sus gafas negras y su fieltro encasquetado, que la desfiguraba. Miss Viertel le suplicó que fuese comprensiva y que dejara hacer a los periodistas. La Garbo gritó: «No y no; sólo quieren hacerme preguntas estúpidas. Llévame contigo; escóndeme en el vagón». Miss Viertel miró de persuadirla, pero ella le dijo: «Bajemos, cojamos un automóvil.» Conductores y repórters la privaban de bajar, pero ella violentamente se abrió paso, penetrando rápidamente en el coche. «¿Y su equipaje?», le preguntó miss Viertel, y le repuso chillando: «Alguien vendrá por él más tarde, déjalo, déjalo.»

Una hora más tarde, ya tranquila en su casa, con todas las puertas cerradas, mandó al chofer en busca de su equipaje.

FREDRIC RED

Nueva York, 33.

El florecimiento de Myrna Loy

(Continuación de la pág. 10)

Aíslase igualmente en sus horas de trabajo. Nunca se entretiene conversando con los demás actores..., nunca recibe visitantes en el escenario..., jamás estimula preguntas de los periodistas, aunque siempre las contesta gentilmente. Durante los intervalos de la producción en el escenario, se retira a su

camarín a leer algún libro o a estudiar su diálogo para la próxima escena.

Warner Baxter, que apareció con Myrna en una película reciente de la Metro-Goldwyn-Mayer, la detuvo un día antes de que se escapara a su camarín, diciéndola:

—Quisiera saber lo que le ha pasado, Myrna. ¿Su transformación de la criatura que yo conocía a la esplendorosa mujer que es usted hoy, es algo increíble! No puedo entrañar el cambio que se observa en sus

interpretaciones. Tienen una delicadeza, un encanto y un sello impalpable de inspiración que lo deja a uno estupefacto.

La respuesta de Myrna fué solamente una sonrisa.

Y en el restaurante de los estudios, decía al mismo tiempo el director Van Dyke:

—Sí, señores; dentro de un año ascenderá al estrellato. ¡Si no lo creéis, aguardad a verla en su próxima película!

Paddy, lo mejor a falta de un buen chico

(Continuación de la pág. 11)

solamente ha de interesar al corazón femenino, siempre en estado receptivo para estos asuntos, sino también a todo el mundo, por su humanidad y por su extremo valor emocional. La película se desarrolla en la «verde

Irlanda», el país romántico por excelencia, que sirve de magnífica tela de fondo para la encantadora historia que viven los personajes.

La nueva interpretación de la pareja Gaynor-Baxter habrá de superar en

éxito a su película anterior, lo que no dudamos dado el merecido prestigio de que gozan estos dos grandes artistas, al que se suma la atracción de un argumento enteramente nuevo e insospechado, que hace que la película no sea una repetición con miras comerciales, sino una verdade-

ra obra de arte por derecho propio.

La interesante historia, tan de nuestros días, de la familia Adair, una antigua familia en quiebra, de la cual es miembro la deliciosa Janet, nos da motivo de poder admirar a los dos grandes artistas que en el nuevo film rayan o superan el elevado

plano que su fama extraordinaria les ha concedido ya.

«Paddy» no es ninguna imitación ni continuación de la anterior película de esta deliciosa pareja. Es una nueva película de extraordinario valor artístico y de simpatía que reina a todo lo largo del film. RAFAEL BARTRA

Helen Hayes

(Continuación de la pág. 12)

la guerra, los primeros escalones de una gran escalera de popularidad. Despacio, pero con seguridad.

Helen Hayes no es la mujer que suscita a su paso (ni en la pantalla ni en la vida) pasiones fulminantes; ella seduce más suavemente a pequeñas dosis. La primera impresión es de banalidad; la última es tal, que ya no se olvida más: es aquella mirada

desolada, hermana de la inolvidable mirada de Lilian Gish.

Helen Hayes, Lilian Gish: he aquí un segundo paralelismo con el cual yo quisiera dibujar el retrato de esa recién venida: es tan justo y se impone tan rápidamente a la conciencia de todos, que recientemente Helen Hayes ha creado el papel que Lilian Gish representó en «La soeur blanche», de los tiempos del cine mudo.

Sin verdadera belleza, sin publicidad (ella teme la interviú, y sólo desea la paz, junto a su esposo, el escritor Charlie Mac Ar-

thur y su hija Mary), sin escándalos, ella ha conquistado y emocionado a los públicos americanos.

Yo sé que son muchos los ojos impregnados de lágrimas cuando se borra el último cuadro de «L'adieu au Drapeau» («El adiós a la bandera»).

Estoy convencido que los públicos europeos apuntarán este nombre de mujer entre aquellos que les aseguran una inagotable fuente de emociones. Greta, Joan, Gloria...

MÁRGARA

Elissa Landi no es nieta de una emperatriz

(Continuación de la pág. 13)

revistas francesas, entre otras «La Illustration» y «Le Monde Illustré», publicaron fotografías suyas a caballo. Una mañana, al ir a montar su caballo, el animal se asustó y echó a la emperatriz al suelo; presenciaron el accidente diferentes personas de la

casa y de su servidumbre; la levantaron desvanecida, viéndose que tenía una conmoción cerebral, pues hasta pasadas muchas horas no recobró el conocimiento. Fué asistida por el médico de la localidad y por varias eminencias de París, médicos de la emperatriz, entre otros el doctor Potzzi.

Todos estos hechos fueron también publicados por la prensa mundial, y el emperador, tan pronto como se enteró del acci-

dente, acudió al lado de su mujer, viajando según costumbre con el nombre de conde de Hohenembs. Cuando pasó por la estación del Este, en París, fué saludado por el presidente de la República francesa y por el ministro de Negocios Extranjeros. Así lo publicaron los periódicos de aquel tiempo. No había, pues, ningún secreto sobre este asunto, y habría sido absolutamente imposible que la emperatriz de Austria hubiese

CONTINUACIÓN DE "INFORMACIONES"

en aquella ocasión tenido un hijo sin que nadie se enterara. Además, nadie, por poca idea que tenga del carácter de la emperatriz y del emperador, y de sus relaciones respectivas, admitirá ni por un instante la suposición de que privasen a uno de sus hijos de sus privilegios y que lo educaran como a un hijo de gente común. No hay que olvidar que los dos deseaban ardientemente un segundo hijo, pues si bien tenían ya un «heir», su salud era muy delicada. El pequeño, cuyo nacimiento se ha supuesto oculto, en caso de ser chico, habría sido «heir» del trono de Austria, y no puede, por tanto, admitirse ni por un momento, que su padre le hubiese privado de sus derechos.

Yo quiero, además, añadir que el libro de la condesa presenta una ignorancia tal de los hechos, que resulta ridículo para cualquiera que como yo conociese la vida de la «House de Wittelsbach» en aquel entonces. Además, mi familia era aliada de la casa de Wittelsbach, y si algo semejante a lo que nos cuenta aquella historia hubiese sucedido,

lo habría sabido. El hecho de que la emperatriz hubiese tenido un hijo, hubiera sido imposible guardar el secreto ni una hora. Mucho menos, pues, tantos años.

Dice el libro que la chiquilla estuvo al cuidado de Frau Kaiser y fué educada por ella en su piso de la calle de Opernring, en Viena, en cuya casa vivía la costurera de la emperatriz. Así, Elisabeth podía ver a su hija mientras aparentaba probarse sus vestidos. Esto es inverosímil. La emperatriz no hubiera nunca tenido autorización para entrar en un establecimiento de costura. Sus trajes se los llevaban a sus habitaciones del imperial Hofburg. Elisabeth, aunque sencilla en sus gustos y maneras, no hubiera hecho jamás semejante cosa.

Sus hijos siempre estaban con ella, y eso era causa de que su madre política, la archiduquesa Sophia la criticara. Interventía tanto en la educación de sus hijos, que la emperatriz madre, disgustada, se marchó a Madeira, donde pasó varios inviernos. Y cuando nació la archiduquesa Valeria, su

hija menor, se pelearon la emperatriz y la archiduquesa Sophia, porque ambas querían quedarse la chiquilla a su lado.

En 1882, habiendo muerto la archiduquesa Sophia, nadie intervino ya entre ella y sus hijos.

En Viena, pocos años antes de la gran guerra, corrió la noticia de la supuesta existencia de la hija desconocida del emperador, y aún llegó a noticias de éste el citado rumor.

El emperador contestó siempre a ello: «Dejad hablar. Que lo prueben. Es algo demasiado estúpido para que me preocupe.»

Ha sido únicamente después de la gran guerra cuando la gente ha dado pábulo a dicha historia, creyendo que podría servir para la propaganda, y así ha ocurrido con la Landi, a pesar de tener el público femenino en contra.

Estoy convencido de que Elissa Landi es una gran actriz, pero no creo ni comprendo que nadie pueda creerlo que sea nieta de la emperatriz.

JUAN DE ESPAÑA

La voluntad de Paúl Lukas

(Continuación de la pág. 16)

menos de un año para realizar su finalidad.

Entró en la academia de actores de Budapest, y allí encontró su primera oportunidad. Tuvo un importante papel en «Liliom», y lo realizó con tanta brillantez, que las tablas húngaras le reclamaron en seguida con insistencia.

Luego vino la representación de la pieza de Reinhardt «The Miracle», que fué representada en Viena y en Berlín. Esta última representación cambió la dirección de su carrera. La Ufa le ofreció en seguida la interpretación de «Samson and Delilah». Lukas tenía el papel de Samson. La producción de este film admiró a un productor americano, que le ofreció una oportunidad para ir a Hollywood. Lukas aceptó en seguida. La cuestión del lenguaje no le preocupó ni un momento. El film sonoro no estaba aún generalizado.

Durante los primeros meses de Hollywood encontró el inglés una lengua imposible para él. Apenas lograba hacerse entender de los directores de escena.

En este período apareció con Pola Negri en «Loves of an Actress», «Manhattan Cocktail», «The Shopworn Angel» y «The Wolf of Wall Street». En esta última película tra-

bajaba con George Bancroft, y su pésima pronunciación desmereció el film. Su primera producción hablada demostraba que no podía hablar. Fué entonces cuando le anunciaron que su contrato tenía que rescindirse.

Los seis meses de prórroga le ceñían a una obligación durísima. ¿Cómo podría salir del apuro? Paul Lukas se contestó la pregunta en una forma que os chocará.

«Tengo que tomar una serie de decisiones y cumplirlas. Debo ante todo confesar que he pasado demasiado tiempo con la colonia húngara de Hollywood, y en casa. No es extraño, pues, que no haya aprendido nada».

Anunció, pues, a su mujer que por una temporada rompería con sus amigos húngaros. Lo hizo. Luego cogió como pupilo a un niño inglés, y ello al propio tiempo que le ayudaba económicamente, le proporcionaba ocasión de hablar inglés.

—El chico—nos dice—iba a la escuela, y yo tenía que aprovechar todas las horas para mi tarea. Me iba, pues, a la iglesia a escuchar sermones. Me era indiferente el carácter confesional que las regía. Iba al palacio de justicia para oír a los abogados. Fui a los debates políticos. ¡Cualquier cosa!

—¿En dónde creéis, pues, que yo encontré la mayor ayuda? Os lo diré. En los anuncios por radio. No en los cantores y conferenciantes. En los anuncios. Y tiene una explicación. El hombre que da los anuncios

tiene la preocupación de hacerse entender. Y pronuncia una y dos y más veces la misma palabra para que el público lo recuerde. Aquí fué donde aprendí más inglés. Casi cada semana me llamaban con cualquier excusa a las oficinas. Conocí que lo hacían para controlar mis progresos. Les dije que no era noble por su parte el ponerme tantas dificultades. Que yo les aseguraba que si me daban un texto, yo le leería hasta cien veces si querían, para lograr la pronunciación justa. Les pedí que me dejaran realizar un film como prueba. Cedieron, y tuve un papel insignificante en la obra titulada «Ilusión». Esta fué una de las mejores oportunidades que he tenido. Dominé todas las escenas y realicé todas las situaciones.

«Mi poca habilidad hablando inglés fué apenas notada. ¡Aumenté de categoría!»

En estos seis meses Lukas fué progresando. Y logró, hace dos ya, sustituir a William Powell cuando éste abandonó la Metro-Goldwyn-Mayer para trabajar con la Warner Bros.

Lo que ahora os contaré tiene gracia.

—¿Sabes?—me dijo Lukas—. Ayer me llamaron a las oficinas para decirme que mi pronunciación descuidada gustaba mucho y que no aprendiera el inglés con demasiada perfección. No digas que Hollywood y la industria cinematográfica no tenga gracia.

JAMES BRIBING



ESTRENOS

Coliseum: «Si yo tuviera un millón»

DESFILAN por esta película una serie de tipos de firmes rasgos psicológicos, insuflados de humanidad, que son como el botón de muestra de los distintos estamentos sociales.

Cada uno de estos personajes, cuando por el capricho de un millonario que hace testamento en vida se ven sorprendidos con la fortuna inesperada de un millón de dólares, reaccionan según su temperamento; su condición moral, dando expansión a los deseos contenidos durante toda su vida.

Es curioso presenciar cómo se conduce cada uno de estos personajes, cómo se revela de repente su verdadera personalidad moral, cómo la despoja violentamente de la máscara hipócrita con que la cubrieron las

conveniencias, los egoísmos, las claudicaciones.

Todos ellos realizan su sueño, acariciado sobre el pupitre de una oficina, disimulado tras el mostrador de una tienda, oculto tras la sonrisa que invita a una noche de amor...

A la originalidad del asunto, hay que añadir, como elemento primordial, la agudeza en el detalle, el humorismo y la ironía, sutilísima, que emana de cada escena.

Porque en «Si yo tuviera un millón» lo que triunfa, por encima de otras cualidades excelentes del film, es esa finura en el detalle, finura que rara vez se encuentra en la obra cinematográfica y que sólo la logra el ingenio de un Chaplin, de un René Clair, de un Lubitsch, de un Kurth Bernhart, de un Mamoulian...

En torno al excéntrico millonario se mueve otra colección de tipos también interesantes, como los parientes y empleados que es-

peran heredarle a su muerte, anunciada por su médico para fecha inmediata, aunque la verdad es que el enfermo goza de perfecta salud.

El público celebró con sus risas todas las situaciones—graciosísimas—de la película, premiándola al final con su aplauso.

Total: un triunfo legítimo para la Paramount, cuya marca lleva el film. M. S.

Fémina: «Audíencia imperial»

UNA opereta más y, sin embargo, una opereta que se sigue con interés y de gran belleza plástica.

La anécdota argumental es de una simplicidad encantadora, que queda realzada por unos números musicales muy bonitos, por una presentación magnífica y por el arte, como actriz y como cantante, de Martha Eggerth, que traza una gentil figura femenina.

No hace falta más, realmente, para realizar una buena opereta, y hay que decir, para ser veraces, que «Audíencia imperial» lo es.

El público pasó un rato agradable y salió satisfecho, que es cuanto puede lograrse con el estreno de un film de carácter frívolo.

—Discúlpame, papa. No me encuentro todavía bien y voy a acostarme.

—Está bien. Sólo he subido para decirte que los invitados te esperan.

—Perdóname, papa. Me encuentro tan fatigada... me resultan?

—¿Y es así como tratas los vestidos que tan caros son?

—Que me estoy desnudando. Ya te lo he dicho, we, señalando los vestidos.

—¿Qué significa esto?—preguntó el señor Marlowe.

—Sero que tenía preparado para la huida.

—Entonces el señor Marlowe abrió la puerta y Mary ban los vestidos de Mary en el suelo.

—Por fin, se introdujo debajo del montón que formaban los vestidos de John crecía por instantes.

—Mary le permitiera entrar inmediatamente, el azoramiento, y como el señor Marlowe, receloso, exigía que este, azorado, corrió de un lado a otro de la habitación, y por señas dijo a John que se ocultara.

—Espera, papa. Me estoy desnudando.

—Mary se echó a temblar.

—Soy yo, Mary—repuso la voz del padre.

—¿Quién es?

—Los dos se miraron aterrados.

—Y cuando más enfascados estaban John y Mary en su tarea, sonaron en la puerta unos golpecitos.

—Voy a ver qué le ocurre.

—Como hace tanto tiempo que se ha marchado...

—No. Seguramente no tardará en bajar.

—Espero que no será nada lo de su hija—dijo a mister Marlowe.

— 28 — SECRETOS —

— 25 — SECRETOS —

VII

Mary dirigió a la puerta una mirada temerosa.

—Debes marcharte—suplicó—. Si subiera papá...

—Es que he de contarte muchas cosas y de mucha importancia.

—Habla pronto.

—Mañana salgo para California.

—¿Te vas?

—¿Crees que puedo quedarme aquí? Tu padre me ha dicho que no consentirá que me den ningún empleo.

Y añadió con juvenil entusiasmo:

—Estaré el tiempo preciso para hacer fortuna. Después volveré por ti.

Y viendo la tristeza que se reflejaba en el rostro de Mary, preguntó:

—¿Es que no quieres que me vaya?

—¿Cómo no he de querer, si es lo más conveniente para ti?

—Es lo más conveniente para los dos.

—Es verdad.

—¿Me esperarás?

—Te esperaré y te querré siempre.

—No habrás de esperar mucho. Te lo aseguro. Y ahora, adiós, amada mía.

Se abrazaron. Ahora era Mary la que no le quería dejar marchar. Sus brazos le retenían fuertemente.

Por fin él pudo desasirse y volvió a la escalera de mano que estaba apoyada en el exterior.

Se detuvo para volver a abrazar a Mary, y entonces ella dijo con una decisión heroica, en un grito sublime de toda su alma y de todo su cuerpo:

—¿Crees que soy tonto? Ni tú te encuentras mal, ni lo del desvanecimiento ha sido más que una farsa.

—Te aseguro, papa...

—No me asegures nada, y oye lo que voy a decirte. Dentro de diez minutos quiero que estés abajo. ¿Entendidos?

—Sí, papa. Dentro de diez minutos estaré en el salón, puesto que tú lo ordenas.

—¡Y que no tenga que volver a subir!

—Te prometo que no os haré esperar más de diez minutos.

Se marchó el señor Marlowe, y cuando Mary oyó que sus pasos se perdían en la escalera, ayudó a salir a John de debajo del montón de ropas.

—¡Pronto!—dijo el joven en voz baja, pero en tono imperativo—. Ponte el vestido más sencillo y los zapatos más ordinarios.

—Ya lo tengo preparado. Quiero llevarme lo menos posible.

En efecto, se había despojado de todas sus joyas y se iba sólo con lo puesto.

Apagaron las luces y bajaron al jardín por la escalera que aún estaba apoyada en la ventana.

En el camino les esperaba la bicicleta.

—¿Podremos ir ahí los dos?—preguntó Mary, al ver que John la cogía.

—Sí.

—Pues vamos.

John la miraba fijamente.

—Aún tienes tiempo de arrepentirte, Mary.

—No acostumbro volverme nunca atrás.

—¿No comprendes que vas a dejar una vida regada por otra de luchas y sufrimientos?

— 29 — SECRETOS —

— 32 — SECRETOS —

—Mi plato favorito!—repuso John, alegremente.

Cuando se marcharon los viajeros, Mary sentó a su hijito en su alto sillón y comenzó a preparar aquel guisado que tanto le gustaba a su marido.

Para que el niño no llorara, le había puesto delante algunos juguetes y, además, desde la cocina le dirigía frecuentemente palabras mimosas que lo distraían y le hacían reír.

Ya había pasado tanto tiempo, que muy bien podrían estar de vuelta John y su criado, si hubieran ido de prisa.

De pronto se oyó un ruido en la puerta, y Mary exclamó alegremente, dirigiéndose al niño:

—Ya está ahí tu papá.

Pero su asombro no tuvo límites al ver que se abría el ventanillo de la puerta y aparecía en él una cara inquietante.

—Salud, señora—dijo el hombre, sonriendo—. Soy Jake Houser. ¿Verdad que me ha oído nombrar?

Mary, acostumbrada a los peligros de aquellas solledades, respondió sin inmutarse:

—Por desgracia, he oído hablar de usted.

—Me lo figuraba.

—Sabía que era usted un miserable bandido, pero no un cínico.

—¡Cuidadito con las palabras!

—No he de tener miramientos con quien no conoce los modos.

—Podría darse el caso de que yo la enseñara a tenerlos.

—No necesito sus lecciones.

—¡Ea, menos hablar y abra usted la puerta! Tenemos hambre y queremos comer.

carro con pulso firme, mientras el viento soplabazo-
Pero Mary no desfallecía. Ella misma conducía el
nacieron en el Oeste americano.
tirse en ciudad, como había ocurrido a todas las que
tar allí una colonia que poco a poco había de conver-
ría hacia las tierras vírgenes de California para mon-
Formaban parte de una larga caravana que se diri-
gularidades del camino.
inseguro de un carro que se bamboleaba en las irre-
amplio jardín a su alrededor, había pasado al refugio
Del magnífico chalet con amplias habitaciones y un
Mary.

Y hubo un cambio radical y profundo en la vida de

IX

sarse.
ras, John y Mary entraban en casa del pastor para ca-
lowe había pronunciado estas palabras tranquilizado-
Y cuando hacía sólo unos minutos que el señor Mar-
caso a sus padres. Será una excelente esposa.
—No lo crea. Ella es muy obediente y hace siempre
mos temores, tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír.
El señor Marlowe, que en el fondo abrigaba los mis-
me parece que no quiere casarse conmigo.
—Estoy seguro de que su hija me haría feliz, pero
vez más intranquilo, confesaba a mister Marlowe:
Mientras se perdían en la noche, lord Hurley, cada
Dejó el sillón para Mary. El se sentó sobre el cuadro.
—Entonces sube. Vamos a casarnos.
—Ya lo he pensado, John.
—Piénsalo bien, querida.
—Los sufrimientos a tu lado me parecerán diver-

SECRETOS

30

SECRETOS

31

tador y rugiente. Otras veces era una tempestad de
agua la que caía sobre la caravana. Otras, era un sol
abrasador que sacaba fuego de allí donde se posaba.
Sin embargo, las lindas manos de Mary no desfallecían nunca.

Con razón había dicho que no acostumbraba volverse atrás.

Y así viajaron hasta que llegaron a un lugar a propósito para sentar sus reales.

Entonces John eligió el emplazamiento de su futura vivienda y empezó a construirla con la madera que le ofrecían en abundancia los bosques cercanos.

El trabajo fué duro y largo, pero al fin estuvo construída aquella casita que había de cobijar a los valientes esposos.

Y con el tiempo creció el menguado patrimonio y aumentó la familia. John había logrado reunir buen número de cabezas de ganado a costa de sólo Dios sabía qué esfuerzos. El aumento de la familia había corrido a cargo de un hermoso niño que ahora tenía un año, y al que tanto John como Mary consideraban su mejor patrimonio.

Por fin empezaba a deslizarse la vida con cierta placidez para los que tantas penalidades y privaciones habían sufrido. No le debían nada a nadie. Ellos mismos eran sus acreedores.

John se había marchado a caballo a la ciudad para tratar de una importante venta de ganado.

Mary había salido a la puerta a despedirle.

—No tardes—le había dicho—. Hoy tenemos carne guisada.

Entretanto, en el salón, lord Hurley se impacien-

VIII

—Eso es lo de menos, John.

criados.

—En fin, ya nos acostumbraremos—dijo John, hu-

ofender a la moral.

tan vestida que habría podido salir así a la calle sin

ban ya un gran montón en el suelo y aún estaba Mary

Las prendas que Mary se había ido quitando forma-

rio que en las prendas masculinas, lo despidaban.

Los ciérrtes, los lazos, los botones, puestos al contra-

John se vió negro para ayudarla.

bre el tobillo.

gar a los pantalones con puntillas que se cerraban so-

Debaajo quedaban otras muchas prendas antes de lle-

pito panter.

Y empezó a quitarse el vestido antiguo con su am-

—Es verdad.

de que termine la fiesta si queremos que no se enteren.

—No hay minuto que perder. Hemos de huir antes

—Eso no, John. Será mejor que me esperes abajo.

Ella le miró avergonzada.

—Yo te ayudaré.

—Es verdad.

—Has de cambiarte de ropa en seguida—la apremió.

Volvió a saltar al interior del aposento.

—Es verdad, Mary. Habríamos muerto de pena.

no nos podemos separar.

—Pues sí, John. Acabo de comprender que tú y yo

SECRETOS

27

SECRETOS

26

—¡No! ¡No quiero que te vayas!

Y él, prudente y más dueño de sí mismo, contestó:

—Debo irme. Aquí no podré encontrar trabajo. En cambio, allí, en aquellas tierras vírgenes... ¿No lo comprendes?

Ella hizo un esfuerzo para contener sus lágrimas.

—Sí, John. Lo comprendo.

—¡Adiós, vida mía!

—¡Adiós, mi John!

Volvieron a abrazarse.

Mary lloraba. Sentía como si estuvieran arrancándole el corazón ante la sola idea de que John iba a marcharse.

Retenía ansiosamente a Carlton.

—¿Es que no quieres que me vaya?—preguntó éste.

—Sí. Quiero que te vayas, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que me lleves contigo.

Había una firme resolución en sus palabras, pero a John le costaba creer en ellas.

—¿De veras quieres venir conmigo?

—De veras.

—¿No comprendes que te desheredarán?

—No me importa.

—No tendrás a nadie más que a mí en aquellas sole-

dades. Romperás con tu familia para siempre.

—Me basta con tenerte a ti.

—¿De veras?

—¿Acaso hablo en tono de broma?

—No, Mary—repuso John, temblando de emoción—. Es que lo que me dices es tan grande. No deseaba otra cosa. Lo que sucede es que no me atrevía a decírtelo.

FANTASIO

El éxito de los éxitos lo consiguen

ANNABELLA

y

JEAN MURAT

la pareja exquisita, en



EL PADRINO IDEAL

Una película desbordante de
sano optimismo, de juven-
tud, deliciosa y encantadora.

popular-film

